

BOLÍBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la muerte escondió un secreto

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

SILVER KANE

**LA MUERTE
ESCONDIO
UN SECRETO**

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.176

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal: B. 52.768 - 1972

ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1973

© SILVER KANE - 1973

texto

© JOSE TRIAY - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR, PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.312. - La boca de la serpiente.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.168. - Perdido cadáver, gratificaré devolución.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. - Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. - Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.000. - Fort Perro.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. - Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

631. - Los eliminadores.

En Colección COLORADO:

637. - Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. - Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

563. - La muerte deja su tarjeta.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

163. - El condenado.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. - Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. - Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

LA EXTRAÑA FIESTA DE LOSEY MANOR

Miriam dejó la carretera en el cruce que conducía a Coventry, en el centro de Inglaterra, y tomó la ruta que llevaba a la pequeña población de Kenilworth. El paisaje, hundido ya en las sombras del anochecer, tenía un verde maravilloso pero al mismo tiempo cargado de misterio. Los inmensos robles parecían señales dejadas allí por los fantasmas de otro mundo. Los prados estaban tan desiertos que por unos instantes la muchacha creyó haber llegado más allá de toda civilización, adentrándose en una tierra sin habitantes.

Y sin embargo, estaba en el corazón de la superpoblada y la super industrializada Inglaterra; el país que acababa de ingresar en el Mercado Común y que se preparaba para una nueva etapa de su historia. Pero los campos aún tenían el embrujo y el misterio que sin duda tuvieron en la Edad Media.

Todo esto la llenaba de una extraña aprensión.

No sabía por qué.

Pero tenía miedo.

¿Era quizá porque no le gustaba conducir de noche? ¿O era tal vez porque temía haberse perdido?

El motor de su viejo «Wembley» zumbaba bien y las ruedas se tragaban la distancia. La muchacha calculó que ya debería estar más o menos en el cruce que llevaba a Losey Manor.

Suspiró con alivio.

No, no se había perdido.

Allí estaba la señal, al principio del sendero. Era un bloque de piedra con más de trescientos años de antigüedad, sobre el cual los vientos y las lluvias casi habían borrado la flecha indicadora y las

letras. Sin embargo, aún podía leerse bien el nombre:

«Losey Manor»

Miriam giró el volante, se adentró por el sendero y quince minutos después, cuando ya había cerrado la noche, se encontró ante la fachada impresionante de la casa.

Instintivamente frenó.

Era mucho más impresionante de cuánto había imaginado. La casa debía haber sido construida en el siglo XII y resultaba una auténtica fortaleza, aunque junto a ella se levantaba una residencia mucho más moderna. Los torreones, las ventanas de cristales emplomados, las viejas puertas claveteadas impresionaron de tal modo a Miriam que ésta contuvo la respiración de una forma maquinal, sin darse cuenta de que había quedado como hechizada por la casa.

Pero no fue aquélla la única sorpresa.

Además de encontrarse con una residencia mucho más antigua y noble de lo que había imaginado, la asombró el hecho de que estuviese brillantemente iluminada y de que hubiera docenas de coches estacionados en el parque. Sin duda se celebraba una gran fiesta.

La muchacha apretó los labios con un gesto de contrariedad.

Mal momento para llegar.

A una muchacha modesta como ella, y además un poco tímida, le impresionaba mezclarse con los millonarios que sin duda llenaban ahora la casa.

Se dio cuenta de que los coches relucían de nuevos. Todos estaban vigilados por chóferes de uniforme.

Y todos eran de grandes marcas.

Los «Rolls» y los «Jaguar» hacían allí la competencia a los «Mercedes», a los «Porsche» y a los «Ferrari» de pura raza.

Su viejo «Wembley» tronado de años y de fatigas parecía, entre todas aquellas joyas, un viejo cacharro destinado al desguace. Y la verdad fue que a la muchacha le dio incluso vergüenza aparcar, sobre todo al notar que todos aquellos chóferes uniformados la miraban con una, especie de curiosidad y de misericordia.

Parecía como si se preguntasen: «¿Pero esos cacharros aún ruedan?».

Sus miradas cambiaron, sin embargo, cuando vieron descender a la chica. Cuando vieron primero sus pantorrillas torneadas, ceñidas por las medias negras. Cuando distinguieron, un poco más arriba, las caderas torneadas que oscilaban como las de una sirena. Cuando notaron que la «carrocería delantera» de la recién venida era mucho mejor que la de los «Jaguar» y no tenía ningún desperfecto. Sin duda aquélla «carrocería» nadie la había aún «estrenado». Y, en fin, todos quedaron boquiabiertos cuando vieron los labios rojos, pulposos y los ojos brillantes de la muchacha. Cuando vieron aquellos cabellos largos, sedosos, que llegaban hasta la delgadísima cintura, sobre las caderas opulentas.

Miriam se dio cuenta de la curiosidad que despertaba.

Pero aquello no la halagó.

Más bien la hizo sentirse aún más acorralada, como si se avergonzara de los deseos que provocaban sus curvas.

Se dirigió hacia la casa.

Un portero uniformado estaba en el umbral de la entrada principal, brillantemente iluminada.

Primero miró con cierta conmiseración el sencillo vestido de la recién venida. Luego, al darse cuenta de la magnífica calidad de sus piernas, se acercó a ella con una sonrisa, haciendo una inclinación de cabeza.

—Sin duda se ha confundido, señorita —musitó—. Ésta es la fiesta anual de Losey Manor. ¿Ha sido usted invitada?

Miriam intentó mostrarse serena.

Le daba vergüenza ser el centro de la atención de todo el mundo.

—No he sido invitada —susurró—. En realidad no sabía que hoy se celebraba una fiesta. Soy Miriam Kenter, la nueva institutriz del pequeño John.

El portero alzó la cabeza con un gesto de familiaridad e hizo más ancha su sonrisa. Pero sus gestos perdieron todo respeto. Al fin y al cabo se encontraba ante una compañera de fatigas.

—Por la otra puerta, muñeca —dijo paternalmente—. Está entrada es sólo para los señores, ¿sabes? Pregunta por la señora Marton, el ama de llaves. Ella cuidará de ti.

—Gracias.

—Si puedo serte útil en algo, yo me llamo Tower. Pero esta

noche, estoy muy ocupado, ¿sabes? ¡Oh, *lady Carnavon*!...

Y se olvidó de Miriam para precipitarse casi a los pies de una damisela medio tísica que estaba como perdida dentro de su monumental vestido de cola.

Miriam se encogió de hombros imperceptiblemente. Bueno, era mejor entrar por la otra puerta.

Así estaría más en su ambiente, en el ambiente, al fin y al cabo, de la servidumbre de la casa.

Anduvo unos pasos y se encontró ante una puerta secundaria, mucho más vieja, donde no había ningún guarda. Una luz mortecina se filtraba desde allí hacia el exterior de la noche. Unas letras de bronce en la pared tontera seguían indicando el nombre de la casa:

«Losey Manor»

La muchacha fue a entrar.

Y en ese momento una mano se posó en su hombro. Miriam fue a gritar.

No sabía por qué, pero estaba asustada. Sentía todos sus nervios en tensión. Le parecía que a cada paso que daba hacia adelante se adentraba más y más en un extraño misterio.

Sin embargo, nada menos misterioso que la sonrisa del hombre que estaba ahora junto a ella. Tendría unos cuarenta años y vestía con la elegancia de los auténticos caballeros ingleses, esa elegancia que no se aprende, sino que se hereda de generación en generación. Sin duda no era ningún criado. Bastaba ver su anillo de brillantes su reloj de oro macizo para comprenderlo.

El desconocido musitó:

—¿Ha dicho que se llama Miriam Kenter?

—¿Cómo lo sabe?

—He oído que hablaba antes con el portero. ¡Oh, perdón! Acabo de cometer una tontería imperdonable. No me he presentado aún... Yo soy lord Losey, el dueño de esta casa. Usted es la nueva institutriz, supongo.

Miriam inclinó la cabeza. No podía negar que estaba aturrullada. No sólo se sentía impresionada por la casa, sino que jamás había hablado con un auténtico lord. Por otra parte, hubiera esperado cualquier cosa menos tropezarse de narices a boca con el dueño de

la residencia.

Éste seguía sonriendo.

Musitó:

—¿Cansada?

—Pues... Verá... Yo...

—No ha servido nunca, ¿verdad? Sus informes decían que era nueva en este oficio.

—Sí, milord, soy nueva. Hasta ahora he trabajado como secretaria en una oficina técnica.

—No me llame «milord». Eso está tan anticuado como las películas de los años treinta. Llámeme John simplemente. ¿Dice usted que trabajaba como secretaria en una oficina técnica? ¿Y por qué cambió?

—Porque estaba harta de cálculos, de proyectos numerados y de cifras deshumanizadas —dijo ella sencillamente—. Estaba cansada de oír timbres a todas horas y de que no me llamaran por mi nombre, sino por mi número de plantilla. Necesitaba cambiar.

Los ojos del hombre chispearon con cierto recelo.

Pero su sonrisa seguía siendo amable.

—Estaba en la puerta cuando usted ha hablado con mi empleado —dijo, como queriendo justificarse—. Yo también recibía a los invitados allí, ¿sabe? Y me ha sabido mal que usted, la que va a ser mi sirviente de mayor confianza, se entendiera a secas con el ama de llaves. Por eso he venido. ¿La he asustado tal vez?

—Oh, no... ¿Pero por qué dice que voy a ser su empleada de más confianza?

—Porque va a cuidar de mi único hijo. ¿Le parece poco? Supongo que sabe usted que tiene cinco años y que es un subnormal. Necesita cuidados día y noche.

Miriam se estremeció.

¿Por qué sintió otra vez el latigazo del miedo? ¿Por qué pensó de nuevo que se había metido en un callejón sin salida?

—Sí —musitó con voz opaca—. Cuando usted me escribió admitiéndome para el empleo, ya me lo dijo. Cinco años y subnormal. Pero le aseguro que tendré paciencia.

—No se trata de eso. El chico es muy cariñoso y la molestará poco. De lo único que se trata es de evitar que él mismo pueda hacerse daño, ¿comprende? Tiene reacciones extrañas. Podría

lanzarse por una ventana o algo así. Pero ya lo irá viendo usted misma. Ah... ¿Quiere pasar? Yo mismo le enseñaré la casa.

Miriam vaciló.

—¿No le estaré molestando? Lo que sea me lo puede enseñar el ama de llaves...

—No, no, de ningún modo... Usted no es una sirvienta como las otras. Venga, por favor.

La hizo pasar por un corredor, dejando a un lado el gran *hall en el que se reunían los invitados para la fiesta. Abrió una puerta y se encontraron en una enorme biblioteca donde había un hombre vestido de negro. Jamás había visto Miriam a un tipo tan fúnebre como aquél, aunque en el primer momento no supo explicarse por qué. El tipo vestido de negro estaba sentado en una silla y se levantó apenas entraron los dos.*

—Lord Losey... —dijo respetuosamente.

El dueño de la casa se volvió hacia él con una sonrisa.

—Hola... —musitó con voz extrañamente amable—. Ya casi había olvidado que estaba usted aquí.

—Llevo esperando más de una hora, lord Losey. Compréndalo. No es nuestra costumbre.

—Sí, claro. Ustedes trabajan rápido.

—No es eso... Trabajamos al ritmo que hace falta, lord Losey. Pero es que usted no nos ha dicho ni siquiera dónde está el muerto.

Miriam se estremeció de nuevo.

Otra vez aquella sensación angustiosa.

Otra vez el pensamiento de que se había metido en un absurdo callejón sin salida.

—¿El muerto? —musitó con voz opaca.

Pero el dueño de la casa parecía tan tranquilo. Seguía sonriendo con expresión amable.

—No se preocupe —dijo—. Todo a su tiempo.

—Pero es que veo —dijo el individuo vestido de negro—, que aquí se está celebrando una fiesta. Por la ventana he estado distinguiendo a los invitados. ¿Quiere decir que de verdad hacemos falta, lord Losey? ¿No es esto una broma?

El aristócrata hizo un gesto desenvuelto, como si aquella pregunta careciera de importancia.

—Espere... —dijo—, espere... ¿O es que cree que el muerto se le

va a escapar?

Y sin esperar la respuesta, atravesó la biblioteca.

Miriam le seguía como una sombra.

Casi había contenido la respiración. De repente sentía un pánico indescriptible, un miedo cerval a quedarse sola.

Se encontraron entonces en una sala cuadrada donde había una elegante mesa con tapete verde, para jugar a los naipes, y una enorme mesa de billar. Una luz concentrada se derramaba sobre aquellos dos muebles, creando un ambiente acogedor y que no tenía nada de siniestro. La sensación de angustia que dominaba a Miriam se desvaneció.

Junto a la mesa de juego había un retrato enmarcado en plata. Era el de una preciosa mujer de unos treinta años, que sonreía a la cámara. Pero el crespón negro que cruzaba la foto indicada que aquella sonrisa ya no pertenecía a este mundo. Sencillamente, la mujer sonreía desde allí para toda la eternidad.

—Era mi esposa —dijo el dueño de la casa—. Es curioso, pero se llamaba Miriam como usted. No recuerdo si se lo dije en la carta.

—¿Decirme qué?...

—Que murió en un accidente de coche hace dos años. Un accidente extraño y que no debió producirse jamás. Incluso la policía hizo investigaciones, ¿sabe?

La muchacha sintió que sus labios temblaban de nuevo.

Musitó:

—¿Un crimen?

—No —dijo lord Losey con la mayor indiferencia—. Más bien un suicidio.

Y siguió andando con la mayor tranquilidad. Abrió la otra puerta.

La muchacha estuvo a punto de lanzar un grito.

¿En qué mundo de tinieblas se había metido? ¿Qué era aquello? ¿Es que se había vuelto loca?

Tuvo la brusca, la brutal sensación de una pesadilla. Porque en aquella otra habitación había dos hombres. Y los dos iban también vestidos de negro. Y entre los dos custodiaban un ataúd.

Era uno de los ataúdes más lujosos que Miriam había visto en su vida.

Pero maldito si el detalle le importó.

Lo único que llegó a su cerebro fue esta idea: había un ataúd en aquella casa. Iba a efectuarse un entierro. ¿Pero un entierro de quién? ¿Y por qué durante una fiesta?

Sus ojos estaban desencajados.

Sus facciones se habían vuelto lívidas.

Balbució:

—Dios mío...

Pero lord Losey, el dueño de la casa, no parecía afectado en absoluto. Miró el ataúd con expresión de entendido y hasta pasó sus dedos, con gesto complacido, por el finísimo barniz de la caoba.

—¿Cansados? —Fue todo lo que preguntó.

Los dos empleados le miraron atónitos.

Ahora comprendió Miriam que estos dos y el de antes eran miembros de una funeraria.

Sintió que su propia sangre bajaba como un chorro helado hasta sus piernas.

Pero el mismo lord Losey se encargó de disipar aquella atmósfera. Con la mayor tranquilidad, musitó:

—Comprendo que esto es muy penoso para ustedes, pero no tendrán que esperar demasiado tiempo. Buenas noches.

Hizo otro gesto desenvuelto e indicó a Miriam que le siguiese.

Miriam sentía un frío atroz en todos los miembros.

Que la ahorcasen si aquello no era el frío de la muerte.

Pero, de pronto, toda aquella sensación de pesadilla se disipó otra vez. Fue de nuevo como un choque brutal. Al abrirse la puerta delante de sus ojos, fue como si todo el universo cambiara. Porque de pronto se encontraron ambos entre el bullicio, las luces, las risas del vestíbulo donde todos los invitados esperaban para la fiesta.

Los camareros de librea pasaban con sus bandejas de plata repletas de copas con champán francés y de golosinas dignas de la mejor pastelería europea. La gente ya empezaba a animarse, pero estaba impaciente porque se la retenía en el vestíbulo sin que empezara la fiesta.

Miriam se sintió avergonzada de pronto.

Avergonzada de sus ropas sencillas, de las miradas ávidas de algunos hombres y las expresiones desdeñosas de algunas mujeres. Adivinó lo que muchas pensaban: «Vaya... ¡Lord Losey se ha buscado una buena querida!».

Pero el dueño de la casa parecía haberse olvidado repentinamente de ella.

Alzó las manos.

En su rostro flotaba una suave sonrisa. Parecía más feliz, más pletórico de dicha y más elegante que nunca. Mientras imponía silencio con una serie de suaves gestos, explicó:

—Amigos... Quizá ustedes se sorprendan de que, dos años después de mi viudez, vuelva a abrir nuevamente las viejas y venerables puertas de Losey Manor para una fiesta. Yo mismo tuve escrúpulos antes de hacerlo, pero he pensado que todo, incluso el dolor de los hombres, debe tener un final. Muchos de ustedes conocieron a mis padres y a mi esposa y han frecuentado estos salones durante toda su vida. Me parecía indigno mantenerles por más tiempo separados de mi casa. Por lo tanto quiero reanudar otra vez los contactos sociales con ustedes y les digo de todo corazón: ¡Sean bien venidos!

Sonaron unos discretos aplausos.

Las palabras de lord Losey habían sido subrayadas por la elegancia de sus gestos.

La gente agradecía su cordialidad. Lord Losey acalló aquellos aplausos con una sonrisa.

—Quiero que esta fiesta se recuerde durante mucho: años en todo el condado de Kenilworthshire —añadió—. Va a ser la más original de todas, y yo les ruego que conserven en todo momento la alegría. Y ahora perdonen si les hago esperar aún un poco más antes de pasar a los salones principales de la casa. Es sólo un minuto. Dentro de treinta segundos exactamente, mis criados abrirán esas puertas, para que ustedes tengan la primera sorpresa de la noche y puedan empezar a divertirse. Y ahora discúlpenme durante ese brevísimo tiempo, señores. De verdad les agradezco su presencia.

Abrió las dos grandes puertas que separaban el vestíbulo del salón principal, y desapareció por ellas.

Los murmullos se reanudaron inmediatamente.

Nadie sabía bien qué actitud adoptar ante la extraña conducta del dueño de la casa. Éste no se comportaba como un anfitrión normal. Les tenía allí esperando más de media hora, les dirigía unas palabras amables y volvía a desaparecer. Ciertamente que la espera había

sido amenizada por el champán francés de primera calidad, pero ¿qué diablos tenían que pensar de todo aquello?

La más desconcertada era Miriam.

Y también estaba como aterrorizada.

Hasta aquel momento el dueño de la casa había estado con ella y había sido algo así como su escudo, como su protector. Pero ahora estaba rodeada de personas desconocidas, estaba vestida humildemente entre todos aquellos *smokings* y todos aquellos vestidos de *soirée*. Era el centro de todas las miradas, unas llenas de admiración (las de los hombres) y otras llenas de desdén (las de todas las mujeres). Tuvo la sensación de que todo el mundo estaba pendiente de ella y en este terrible momento deseó que se la tragase la tierra.

Pero la sensación que ella tenía no correspondía a la realidad. Verdaderamente muchas personas la miraban a ella, porque la calidad de las curvas de Miriam no era cosa que se viese todos los días. Pero la mayor parte de los invitados estaban pendientes de las dos puertas por entre las que había desaparecido lord Losey. Casi todo el mundo esperaba que transcurriese aquel extraño, aquel desconcertante minuto pasado el cual empezaría la fiesta.

Miriam sintió que se le secaba la boca.

No entendía por qué.

Pero sentía el golpeteo de los segundos en su propio corazón como deben sentirlo. —Dígame lo que se diga—, los astronautas antes del instante decisivo en que serán lanzados a los abismos del espacio.

Sus sienes zumbaban.

Sin darse cuenta miró el segundero de su reloj. Faltaban cinco segundos para los sesenta. Cuatro... Tres... Dos... ¡Uno!

Quizá era absurdo. ¿Pero por qué sentía aquella angustia? ¿Por qué le parecía de pronto que se enfrentaba a la muerte?

¡Tiempo!

Era como si hubiese sonado un gong. Los dos criados que había junto a las puertas, y que estaban controlando el tiempo en sus relojes como si tuvieran instrucciones muy precisas, las abrieron suavemente en el segundo número sesenta.

Y entonces todos pudieron verlo.

Sonó un unánime, un lacerante, un inolvidable grito de horror.

Lord Losey estaba allí.

Sentado en una butaca delante de las puertas. Muerto.

Con un cuchillo clavado en el corazón hasta el fondo de la hoja...

CAPÍTULO II

POR LAS SENDAS DEL MISTERIO

Aquel grito de horror que partió de docenas de gargantas llegó hasta el fondo del cerebro de Miriam.

Fue como un hachazo.

De pronto, mientras todos se precipitaban hacia la sala, ella se dio cuenta de que sus rodillas vacilaban. Tuvo que apoyarse en una de las mesas y volcó una de las bandejas repletas de copas de champán. Le pareció que estaba en el centro de un torbellino que no dejaba de girar, girar, girar...

Hubiese querido huir, pero la gente la empujaba. Sin darse cuenta se encontró ante el cadáver, en primera fila. Y sus ojos se desencajaron al contemplarlo.

Había en el rostro del cadáver una suave sonrisa.

Pero no era una sonrisa burlona, sino de desengaño y sufrimiento. Era como si dijese: «Ahí os quedáis con vuestra podredumbre, con vuestra basura... Ahí os quedáis con vuestra vida llena de bajezas... Yo ya he tenido bastante».

Miriam no tuvo la menor duda de que no se trataba de un asesinato.

Supo desde el primer momento que se trataba de un suicidio.

El suicidio más espectacular, más extraño, más desconcertante con que se había encontrado en su vida entera.

Lord Losey tenía un pequeño papel en su mano derecha.

Alguien fue a arrebatarárselo.

La curiosidad, la sorpresa, podían más que el respeto a un muerto.

—¡No toquen nada! —gritó alguien al fondo—. ¡Atrás todos! ¡Soy el superintendente Barness!

El que había rozado el papel lo dejó caer al suelo. Un hombre alto, delgado, que lucía sobre el *smoking* varias condecoraciones, se inclinó para recogerlo.

En ese momento empujaron a Miriam, que casi quedó inclinada sobre el papel. Aun en contra de su voluntad, tuvo que leerlo en parte.

Era algo así como un informe o un dictamen médico.

Había unas cifras y unas fórmulas.

Todo eso no pudieron precisar bien los ojos de la muchacha.

Pero en cambio sí que vio bien la última frase, que estaba escrita en gruesos caracteres de máquina. La frase decía: «RESUMEN: SUBNORMAL SIN POSIBILIDADES DE RECUPERACIÓN».

Luego todo se desvaneció.

El superintendente Barnes, que era el hombre de las condecoraciones, se guardó el papel. Con ayuda de los criados trató de empujar hacia fuera a la gente.

Quería evitar a toda costa que alguien tocara el cadáver.

Miriam misma fue empujada. Estuvo a punto de caer, entre aquella confusión espantosa. Dio una vuelta sobre sí misma mientras la dominaba un espantoso vértigo.

Todo el mundo chillaba.

Aquello parecía una visión de aquelarre.

Miriam tropezó dos veces, volcó otra bandeja y se encontró de repente corriendo por un largo pasillo. Sólo quería huir, huir... Al final del pasillo había una puerta. La abrió y se detuvo jadeante, mientras la invadía por fin una cierta sensación de paz.

La habitación era sencilla y acogedora. Parecía un cuarto para tomar el té. No había nadie en ella, y una luz rosada se derramaba sobre las butacas tapizadas de cretona. Era el rincón de la casa más tibio y menos siniestro que Miriam había encontrado hasta el momento.

Se dejó caer sobre una de aquellas butacas.

Hubiera querido seguir huyendo, pero las piernas se negaban a sostenerla.

Respiró pausadamente, intentando recuperar el ritmo de su aliento.

Y de pronto aquella voz:

—¿Asustada, Miriam?

Miriam levantó la cabeza de pronto.

Brincó en el asiento.

¿Pero era posible?

¿Del fondo de qué abismos salía aquel hombre? ¿De qué pasado ya extinguido para siempre salían de nuevo su voz y su cara?

Miriam bisbiseó:

—Mark...

Mark avanzó dos pasos, mientras cerraba la puerta a su espalda. Seguía teniendo aquella elegancia, aquella desenvoltura que tuvo siempre. El elegante *smoking* no disimulaba su férrea musculatura ni ahogaba la flexibilidad de su cuerpo acostumbrado a los deportes al aire libre. Su cutis seguía siendo bronceado, pero Miriam hubiese jurado que estaba un poco envejecido. ¿Qué fue lo que le hizo recordar al difunto lord Losey? ¿Quizá el cansancio de sus ojos? ¿Quizá la sonrisa de hombre que ya no cree en nada de este mundo?

Balbució de nuevo:

—Mark...

—Pensaba que nunca más nos volveríamos a ver, Miriam.

—Lo mismo pensaba yo. ¿Dónde estabas?

—Tú no te has podido fijar en mí, pero yo sí. Era uno de los invitados a la fiesta.

La muchacha tragó saliva.

—Cierto —dijo con voz bruscamente amarga—. Olvidaba que a los hombres como tú se les invita a estos sitios. Olvidaba que tú eras un aristócrata.

—Sólo soy un médico que desciende de una noble familia medio arruinada. ¿Es eso lo que te asusta? ¿Fue eso lo que te hizo romper conmigo cuando te pedí que fueras mi mujer?

Miriam cerró un momento los ojos, mientras se llevaba los dedos a los párpados con expresión de cansancio.

—Por favor, Mark —musitó—, aquélla es una vieja historia enterrada hace dos años. No podemos resucitarla ni tú ni yo. Cuando me separé de ti porque no quería ser el hazmerreír de tu orgullosa familia, lo hice con la seguridad de que nunca más volvería a verte.

—Pero tú sabes que yo te busqué.

—Olvídalo, Mark. No hablemos de eso.

—Yo hubiera prescindido de mi familia con tal de casarme contigo. Sabes que te hablaba sinceramente. Y nunca me hubiese arrepentido.

—Te hubieses arrepentido al cabo de dos semanas, Mark. Pero, en fin... ¿qué más da ya? Como ves, no he progresado demasiado en la escala social. Al contrario. Estaba tan harta de las cifras de la oficina técnica, que he pasado a convertirme en institutriz de una mansión de lujo. ¿Y tú? ¿Qué has hecho? ¿Te has casado?

Quiso preguntarlo con desdén, pero en realidad palpitaba una secreta ansiedad en sus palabras.

Él musitó:

—No, no me he casado.

—Mejor. Así te divertirás más. ¿Dices que te habían invitado a la fiesta?

—Sí... Y la verdad es que estaba sorprendido —Mark se sentó cerca de ella y encendió un cigarrillo con movimientos inseguros—. El pobre John vivía encerrado entre estas paredes desde el accidente que costó la vida a su mujer, y de pronto... Bueno, a todos nos pareció una extravagancia que quisiera dar la mejor fiesta del condado, pero acudimos en masa porque queríamos ayudarle a revivir. No hay razón para que un viudo de cuarenta años sea un muerto...

Dio una lenta chupada al cigarrillo, con gestos cansa dos, y añadió:

—La verdad es que no tuvo suerte el pobre John, a pesar de su inmensa fortuna. Primero la muerte de su mujer, en un accidente tan extraño que hasta investigó la policía. Luego el hijo de ambos empieza a dar claros síntomas de anormalidad. ¿A ti te habían contratado como institutriz suyo?

—Sí.

—Lástima de chico... El pobre Johnny, a sus cinco años, es un pequeño encantador cuando quiere. Tan educado, tan dueño de sí mismo... Nadie recuerda haberle oído llorar jamás. Pero es un débil mental, desgraciadamente. No distingue a su edad ni los colores. En fin, es un caso perdido. Yo creo que su padre no ha podido soportar las dos desgracias, una encima de otra.

La voz de Miriam tembló.

—¿Se ha suicidado, verdad?

—Estoy seguro de que sí.

—¿Y por qué de esa manera?

—Hum... ¿Quién sabe? John Losey estaba por encima de los otros. ¿Cómo explicártelo? Era mucho más inteligente que el término medio de esa manada de estúpidos que constituimos la alta sociedad inglesa. Yo creo que ha querido burlarse de nosotros. Hace poco, hace unos instantes, he visto que había encargado su propio entierro con anticipación, sin que lo supiéramos.

—Sí. He... he visto el ataúd y... y...

—Calma, Miriam, calma.

Ella temblaba. Mark le dio un suave golpecito en las rodillas, un golpecito donde ya no hubo nada de la vieja pasión, sino tal vez un recién nacido compañerismo.

Musitó:

—¿Tú también has leído algo de aquel papel?

—Sí. No quería hacerlo, pero...

—No te preocupes, Miriam. Es natural... Con ese papel en las manos, el pobre John Losey nos ha querido indicar cuál era la causa de su suicidio, de su puntapié a la vida. Últimamente había hecho un gran esfuerzo para tratar de salvar a su hijo, de hacerle entrar en la legión de las personas normales, sin darse cuenta de que el chico tal vez es más feliz así. En fin... Al pequeño Johnny lo han vuelto al revés una serie de especialistas dirigidos por su propio tío Kent, hermano del difunto lord Losey. El resultado ya lo conoces: «Subnormal sin posibilidades de recuperación». Yo creo que el pobre John, que aún alimentaba esperanzas, no ha podido soportar este último y definitivo golpe.

Miriam había escuchado en silencio.

Le zumbaban terriblemente las sienes.

De pronto todo parecía otra vez un sueño: Aquella casa desconocida... La muerte de un hombre... La noche cargada de presagios... Mark, el único y ya lejano amor de su vida, que había salido otra vez desde el fondo de las sombras...

Musitó:

—No puedo más. Tengo que irme. Te juro que no puedo más...

—Lo comprendo. ¿Quieres venir a casa?

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—Claro, claro... Es absurdo lo que te he pedido —musitó Mark

—. No tendría sentido que, después de lo nuestro... En fin, olvídale. Hay un pequeño hotel en Kenilworth, el King's Arms. ¿Quieres que te lleve allí?

—Bueno.

Él se puso en pie. De pronto pareció pensarlo mejor.

—Lo malo es que no va a ser posible —dijo—. ¿Cómo no se me ha ocurrido? La policía empezará a interrogar a todo el mundo y la cosa se prolongará toda la noche. Quizá será mejor que te quedes a dormir aquí. Cuando vayan a interrogarte, yo mismo te presentaré al inspector.

Ella tuvo un nuevo estremecimiento.

—Quedarme a dormir aquí... —bisbiseó—. ¿Pero dónde?

—Tendrás un dormitorio, claro. Un dormitorio al lado del de Johnny. ¿No quieres ni conocerlo?

—Es que...

—El hecho de que ahora estés sin trabajo no impide que alguien tenga que pagarte una indemnización y darte alojamiento. De lo primero se encargará Kent, supongo, el hermano del muerto. Para lo otro no hay problema porque ya te digo que debes tener una habitación preparada. Ven. Yo conozco muy bien la casa.

Sin dejarla protestar, la tomó de la mano y la sacó de allí. Anduvieron juntos por un largo pasillo cargado de silencio. Las gruesas paredes de piedra, los cristales emplomados, las altas bóvedas, seguían produciendo a Miriam una alucinante impresión de pesadilla.

Por fin entraron en una sala.

Allí estaba el pequeño Johnny.

Nadie se había ocupado de él, por lo visto. Estaba vestido a pesar de lo avanzado de la hora.

Su mirada se clavó en los dos.

Era una mirada hermética, quieta.

Parecía mentira que detrás de ella no hubiera más que un cerebro vacío.

Miriam sintió una brusca pena por él.

Aquel pobre niño ignoraba que acababa de quedarse sin padre.

Mark avanzó hacia Johnny y trató de sonreír. Se sentó al otro lado del tablero de ajedrez frente al cual estaba el pequeño.

—Hola —dijo—. ¿Cómo estás levantado a estas horas?

El otro no contestó.

Seguía clavando en los dos una mirada quieta y perdida.

—¡Claro! —dijo Mark como si de pronto recordara algo—. No te he presentado a Miriam. Mira, Johnny, ésta es Miriam, quien tal vez se quede algún día contigo. ¿Qué te parece?

El niño la miró con detenimiento. Pareció no sentir, sin embargo, el menor interés por ella. Al fin se encogió de hombros y dijo sencillamente:

—Bien.

Mark le dio un caramelo.

—¿Te gustan?

—Sí.

—Hala, pues Pruébalo.

El niño fue a metérselo en la boca.

Mark casi dio un salto.

—¡No, hombre, no!

—¿Por qué no?

—¡Quita el papel antes!

Miriam suspiró con desaliento.

De pronto se dio cuenta de que el pobre Johnny estaba peor de lo que ella había imaginado. No era capaz ni de desenvolver un caramelo. Con infinita dulzura se lo quitó de entre los dedos, lo desenvolvió y se lo puso en la boca.

Era extraño lo que le pasaba.

De repente sentía una extraña, una inmensa piedad por aquel niño abandonado de todos. Por aquel pobre animalillo que, a pesar de su dinero, era poco más que un perro perdido entre una riada de coches.

Mark le dirigió una mirada de gratitud.

Había valorado dignamente la dulzura de los gestos de la muchacha.

—Hubieras hecho una magnífica institutriz —susurró—. Lástima.

—Yo no tengo la culpa, Mark.

—Pero deberías quedarte.

—¿Quedarme dices? ¿En nombre de quién? ¿Y con autorización de quién?

—Tienes razón... En fin, ya hablaremos de eso con la policía. —

De pronto se volvió hacia el niño—. ¿Qué hacías, Johnny? ¿Jugabas al ajedrez?

—Sí.

—Hala, mueve.

El niño lo pensó.

Mark dijo a Miriam, mirándola de soslayo:

—Su padre le recomendaba este ejercicio a ver si su inteligencia se despertaba. Yo creo, sin embargo, que era un *shock* demasiado fuerte para él. ¡Tantas horas ante un tablero de ajedrez!... ¿Y total para qué?

Se volvió de nuevo hacia el pequeño.

—¿No mueves, Johnny?

—Sí.

—Hala, mueve la torre.

El chico lo hizo. Pero movió la torre como si fuera un alfil, es decir de flanco, en diagonal.

—No, no... —dijo Mark—. Así no. La torre se mueve en línea recta. Mira bien. Así.

La movió correctamente y luego la volvió a colocar en su sitio.

—Perfecto, Johnny, perfecto... —dijo con una alentadora sonrisa—. Ahora prueba tú.

El niño probó.

Pero dio con la torre un salto idéntico al que hubiera dado caso de mover un caballo.

Mark logró que la sonrisa no se borrara de sus labios.

Pero había en sus ojos una infinita tristeza.

Como en los de Miriam.

Porque Miriam se daba cuenta, aterrorizada, del cuadro clínico que representaba un niño subnormal incapaz incluso de recordar unas ideas tan elementales.

Susurró:

—Dios mío...

Mark la miraba.

—¿Qué piensas, Miriam?

—Que... que es terrible.

—Mejor será que te vayas ahora. Yo cuidaré de meterlo en cama. A mí me quiere.

—No... Lo haré yo.

Mark la miró con sorpresa.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Este pequeño necesita cariño. Ni siquiera recordará nada de su madre. Necesita el cariño de las manos de una mujer.

—Miriam, no te conviene.

—¿Qué quieres decir?

—Le tomarás cariño y luego te resultará muy difícil separarte de él.

—Es que... —Los labios de la muchacha temblaron—. Bueno, el mal trago lo pasaré de todos modos.

Además, porque le meta en cama no voy a tenerle ni más ni menos cariño.

Lo hizo levantar de delante del tablero de ajedrez. Cariñosamente le puso una mano en un hombro.

—¿Quieres acostarte, Johnny?

—Sí.

—Espera. Te desnudaré.

—No.

Mark lanzó una breve carcajada.

—Ah, olvidaba decírtelo, Miriam... El pequeño Johnny es muy reservado en esas cosas. Quiero decir que es muy vergonzoso. Se desnuda, se viste y se baña él solito.

—¿Pero sabe hacerlo?

—Eso sí.

—¿Y no tenéis miedo de dejarlo en la bañera?

—Ni en una piscina tampoco. Nada muy bien.

—Vaya... Algo es algo.

—Allí está la puerta de su dormitorio. Déjale ir solo y cuando esté en la cama ya te llamará con la campanilla. Lo único que necesitará es que lo tapes bien.

En efecto, el pequeño fue hacia la puerta, la abrió y desapareció por ella. Miriam lo miró hasta el último momento con una nube de insólita ternura en los ojos.

Le daba una inmensa pena.

Aquel pequeño sólo en el mundo le producía más que nunca la sensación de un pobre perro al que pronto todos acosarían.

Mark susurró:

—Lo siento. Quizá ha sido penoso para ti.

—No, no... Ha sido mejor.

—No debieras haberlo conocido. En fin, mañana te irás.

—Dejemos eso ahora, Mark.

—Yo... —De pronto él también parecía algo turbado al encontrarse a solas con la muchacha después de tanto tiempo—. Verás, creo que es mejor que te tiendas en la cama un poco y esperes. Tu habitación debe ser esa de ahí al lado.

La abrió. En efecto, había una pieza sencilla y acogedora más allá de la puerta. Seguramente la habitación comunicaba con la del niño. Una luz tamizada y limpia, una luz tranquilizadora, descansaba sobre los sólidos muebles.

No se sabía por qué, pero aquello daba sensación de hogar.

Una casa, un niño, una misión que cumplir...

Mark pareció comprender todos aquellos pensamientos.

—Te dejo sola, Miriam —susurró—. Cuando la policía quiera hablar contigo subiré a buscarte.

Salió.

Miriam quedó sola con sus recuerdos, con sus sentimientos y también con sus pesadillas. De pronto tuvo unos deseos terribles de llorar.

La campanilla sonó.

El pequeño ya debía estar en cama.

Ella entró en el cuarto, le abrochó bien el pijama y luego lo tapó con cuidado. El pequeño la dejaba hacer con su mirada inexpresiva y quieta.

Miriam musitó:

—¿Sabes mi nombre?

—No.

—Me llamo Miriam. Repítelo.

—Miriam.

—Me alegro mucho de que lo recuerdes, Johnny. Me alegro mucho de que al menos recuerdes eso.

—Recuerdo muchas cosas.

—Claro que sí, Johnny, claro que sí.

El pequeño se incorporó sobre uno de sus codos.

—La gente no me entiende —dijo con voz bruscamente tensa—. La gente siempre hace las mismas cosas.

—Debe ser porque la vida siempre es igual, ¿no? —preguntó

Miriam cariñosamente.

Pero enseguida se dio cuenta de que la idea era demasiado profunda para la mente de un niño subnormal. En todo caso, habría que darle tantas explicaciones que Miriam renunció a hacerlo. Le tapó de nuevo cariñosamente, mientras sonreía.

—Ahora debes dormir, Johnny.

—¿Y papá? ¿Dónde está papá?

—Tu papá ha cometido una equivocación.

—¿Qué equivocación?

—Nada... No me hagas caso. Ha tenido un momento de cobardía, pero eso te lo explicaré mejor mañana. No te preocupes de nada, Johnny. Duerme.

El niño dio pruebas de ser muy obediente.

Cerró los ojos e hizo todos los esfuerzos posibles para quedar dormido.

Era conmovedor.

Miriam volvió a sentir aquella dulzura inmensa y pensó que le sería difícil marcharse. Por eso mismo prefirió no estar más tiempo allí. Fue a la habitación contigua y trató de hacer caso a Mark: se tendió en la cama para descansar un poco.

Así fue como la encontró la policía una hora después. Así fue como empezó la segunda parte de su brutal pesadilla.

CAPÍTULO III

BAILA, MUERTA, BAILA

Los interrogatorios de los hombres de Scotland Yard duraron casi todo el día siguiente. La muerte de lord Losey era uno de esos hechos que conmueven a la opinión pública, y por lo tanto se desplazaron varios enviados especiales de los diarios de Londres. Durante casi doce horas seguidas, la vieja mansión señorial se convirtió en una casa de locos.

Por todas partes había hombres haciendo fotografías. Los empleados de pompas fúnebres fueron asediados a preguntas. Todos los invitados a la macabra fiesta hubieron de hacer una declaración firmada.

Miriam fue una persona más de las que sufrieron interrogatorio. También ella fue fotografiada, y también su rostro apareció al día siguiente en las páginas de los grandes rotativos ingleses.

Naturalmente, quedó libre de toda sospecha. Pero hasta el anochecer siguiente no se le dijo que podía marcharse si lo deseaba.

La muchacha hundió la cabeza.

Se sentía sin fuerzas. Se sentía terriblemente cansada después de lo sucedido.

Mark le puso un cigarrillo en los labios y se lo encendió.

—¿Desmoralizada? —musitó.

—Sí —bisbiseó Miriam—. Realmente lo estoy. Todo esto aún me parece increíble.

—Se ha comprobado ya que la muerte del pobre John Losey fue debida a un suicidio. Nadie volverá a molestarte. Por ese lado puedes estar tranquila.

—Lo he estado desde el principio. Lo único que me cuesta admitir es que un hombre equilibrado como John Losey cometiera

ese acto de cobardía.

—No era un hombre equilibrado, Miriam. Tenía muchísimo dinero, puesto que la suya es una de las principales fortunas del país, pero vivía atormentado por los golpes del destino. Primero la muerte de su esposa, a la que amaba apasionadamente. Luego la subnormalidad comprobada de su hijo. En realidad se sentía más solo en el mundo que un perro abandonado. Y en esas condiciones ya no es tan extraño que tuviera un mal pensamiento.

Miriam paseó la mirada en torno suyo. Toda la inmensa casa le parecía de pronto espantosamente vacía. Ya no se veían fotografías, ya no se veían invitados ni periodistas. Hasta los policías se estaban marchando.

—¿Qué pasa? —musitó—. ¿Nos dejan solos?

Mark encendió a su vez un cigarrillo con movimientos pausados.

—Naturalmente, la gente se va —dijo—. Ni los policías ni los periodistas tienen ya nada que hacer aquí, después del traslado del cadáver. Y en cuanto a los invitados, es lógico que se larguen a toda prisa. Todo esto ha sido muy penoso para ellos. Demasiado penoso.

—Es que...

—¿Qué te pasa, Miriam?

—No sé; tengo miedo.

—¿Por qué no te vas también?

—¿Y adónde voy a ir? —musitó ella con un estremecimiento—. Me horroriza la idea de volver a Londres.

—Puedes estar unos días en Coventry, por ejemplo. Si necesitas dinero, ya sabes que...

—No, no lo necesito.

Él movió las manos con desesperanza.

—Miriam —susurró—, cuando rompiste conmigo lo hiciste por una cuestión de orgullo. Pensaste que ibas a ser mal recibida por mi familia, cuando en realidad tenías que vivir conmigo y no con ellos. Aquello ya no tiene remedio, pero no hay razón para que sigas siendo orgullosa. Yo soy simplemente un médico que vive de su profesión y creo que no hay motivo para que no continuemos siendo amigos. ¿Por qué no aceptas un pequeño préstamo? Ya me lo devolverás...

Ella hundió nuevamente la cabeza.

Aquella sensación de soledad la ahogaba cada vez más. La casa

le parecía, de pronto, increíblemente siniestra, por lo que hubiese querido marcharse a toda prisa. Pero sin embargo dijo:

—No quiero dejar solo al pequeño Johnny.

—¿Le has tomado cariño?

—No es eso... Es que me parece inhumano no ocuparse de él.

—Su tío Kent, que es el médico que lo ha atendido, lo trasladará a una escuela especial en Exeter.

—¿Y allí cuidarán bien de él?

—Claro que sí, muchacha... No te preocupes. Detrás de ese muchacho hay una fortuna inmensa, por lo que puede tener los profesores que necesite. A la hora de pagar las facturas, nadie va a discutir una libra más o menos.

—De acuerdo, entonces me iré. ¿Puedo despedirme de él?

—Naturalmente. Estará en su habitación, como siempre.

—¿Quién cuidará de Johnny durante el viaje?

—La señora Marton.

—¿Y quién es la señora Marton?

—Una joven viuda que perdió a su hijo y por tanto quiere mucho a Johnny. Hubiera podido ser su institutriz sin necesidad de contratarte a ti, pero le falta cultura para eso, y además quiere tanto al pequeño que lo estaba malcriando. Seguramente la encontrarás con él.

Miriam arrojó los restos de su cigarrillo.

Sentía la boca espesa. No podía soportar el tabaco.

Volvió a entrar en la casa, que ahora estaba silenciosa y sombría como nunca. Los últimos invitados y los últimos policías acababan de marcharse en sus coches. El inmenso parque ya se había llenado de sombras, y los centenarios robles parecían más que nunca fantasmas criados por la noche.

Seguro que en Losey Manor aún quedaban algunos sirvientes.

Pero no se les veía por ninguna parte.

Daba la sensación de estar todo vacío.

Miriam entró en la habitación del pequeño.

—Felicidades, Johnny —dijo—. Hoy cumples seis años.

Había visto la fecha de nacimiento en un recordatorio del bautizo y se acordaba de que aquel día tan amargo era precisamente el del cumpleaños del pequeño. Deseaba felicitarle y mostrarse alegre con él.

Pero vio que el chico tenía los ojos espantosamente abiertos.

Eran unos ojos que no miraban a ninguna parte.

Y sin embargo había «algo» en ellos. Aquellos ojos parecían haber visto de pronto la luz del fin del mundo. Se reflejaba en ellos un silencioso, un fanático, un invencible horror.

—¿Qué te pasa, Johnny?

Él no dijo una palabra.

Externamente hubiera parecido el niño más tranquilo del mundo, de no ser por aquella expresión de sus ojos.

—¿Ha sucedido algo, Johnny?

Él tampoco contestó.

—¿Dónde está la señora Marton?

El niño señaló una de las puertas. Miriam fue tranquilamente hacia ella, sin sospechar nada, y la abrió.

De pronto lanzó un grito de horror.

Sus ojos se desencajaron.

El brusco golpe de viento, al abrirse la puerta, hizo que saltaran hacia su rostro las piernas de la muerta.

CAPÍTULO IV

LA HORA DE LA DECISIÓN

La señora Marton colgaba de una de las lámparas. Como el techo de la habitación era inmensamente alto, los tacones de sus zapatos se balanceaban a la altura de los ojos desencajados de Miriam. Su vestido estaba desgarrado y todo indicaba que había tenido lugar una corta pero salvaje lucha.

La garganta de Miriam produjo una especie de chirrido.

Era incapaz de gritar otra vez.

Sus ojos se fijaron en todos los detalles, desde la fina cuerda de piano de la que colgaba la mujer, a los destrozos que había en sus ropas. La señora Marton no sólo había sido una viuda joven, sino además una viuda bonita. Sus piernas eran torneadas, redondas y macizas. Su pecho estaba muy bien formado y su cara hubiera sido atractiva de no ser por el rictus de la muerte. Por eso... y por la sangre que resbalaba sobre su piel. La fina cuerda de piano había penetrado tan profundamente en su carne que casi la guillotina.

Miriam casi cayó de rodillas.

No podía más.

Sus ojos se nublaron tan terriblemente que estuvo a punto de caer... ¡y de colgarse de las piernas de la muerta!

Alguien la sostuvo en ese momento.

Alguien que lanzó una salvaje maldición al ver lo que ella estaba viendo.

Miriam rodó por el suelo. Pero lo hizo sin violencia, de una manera suave, porque en el último instante la habían sostenido las manos de Mark.

Éste cerró la puerta.

No quería que el pequeño Johnny viese aquello, aunque la cosa

estaba clara: el pequeño Johnny lo había visto ya. Lo que ocurría era que, tratándose de un subnormal, no había reaccionado de ninguna manera.

Miriam susurró:

—Dios mío...

—Vuélvete de espaldas y estate quieta, Miriam —suplicó Mark —. No necesitas ver nada de esto.

—¿Era... la señora Marton?

—Sí.

—¿Por qué la han matado? ¿Y quién? ¿Qué locura es ésta?

Mark no contestó.

Atravesó la habitación y descolgó el teléfono. Todo estaba sumido ya en unas sombras espesas, calientes que la luz de las lejanas lámparas apenas disipaba.

Fue a marcar un número.

Y de pronto se detuvo.

Todo su rostro se contrajo.

En su boca quedó una especie de marca, como si de pronto la mandíbula se le hubiera desencajado.

Miriam susurró:

—¿Qué pasa?

—Alguien ha cortado los cables del teléfono. Nos han dejado incomunicados para que no podamos llamar a la policía.

—Mark... Esto es una locura...

—No es una locura, sino un plan bien tramado. Lo malo es que no imagino todavía para qué.

—Quizá lo comprendamos... si pensamos para qué han podido matar a la señora Marton.

Él se subió antes de contestar a una de las mesas. —Sin duda la misma que habían empleado los asesinos—, y deshizo el nudo de la cuerda de piano, para lo cual hubo de levantar casi a plomo el cadáver con la otra mano. Luego el cuerpo de la pobre señora Marton cayó blandamente a tierra.

Mark se pasó el dorso de una mano por la frente. Susurró:

—La primera impresión que saco es ésta: la señora Marton sabía que el pequeño Johnny corría algún peligro y ha tratado de defenderlo. La han matado por eso. Ahora bien, ¿qué clase de peligro corre Johnny?

Pronto tuvo la respuesta.

Sonó abajo el claxon de un coche.

Era una llamada.

Los dos miraron disimuladamente por una de las ventanas y vieron abajo un «Jaguar» negro. Tres hombres estaban ante él. Uno de ellos hacía sonar el claxon.

Miriam susurró:

—¿Son éstos los que vienen a buscar a Johnny para llevarlo al colegio de Exeter?

—Seguro.

—Pues no me fío, Mark. Deben de ser ellos los que han matado a la señora Marton porque ésta sospechó algo.

—Yo tampoco me fío, muñeca. Lo malo es que no puedo avisar a la policía.

—¿Qué piensas hacer?

—Hablar con ellos.

—¿Qué crees que pretenden?

—A la vista de lo que sucede, la cosa ya no me parece tan difícil. Van a llevarse a Johnny y simularán un accidente por el camino. Sencillamente, tratan de matarlo de modo que la policía no pueda encontrar pruebas de un asesinato. En cuanto al cuerpo de la señora Marton, seguro que pensaban hacerlo desaparecer luego, de forma que nunca más se supiese de ella. Con una criada, no tenían por qué tomar tantas precauciones.

Miriam se estremeció de nuevo.

Sentía frío en la médula de sus huesos.

—¿Pero todo esto por qué? —bisbiseó—. ¿Por qué?

—Me temo que la cosa esté clara —dijo Mark—. Muerto el pequeño Johnny, la fortuna de los Losey pasa al único varón vivo de la familia, que es Kent, el médico.

—Pero...

—Naturalmente, no puedo estar seguro —susurró Mark—, pero de una cosa sí que lo estoy: no se llevarán al niño mientras a mí me quede un hueso sano. Yo no podré llamar a la policía, pero esos tres esbirros van a lamentar no poder llamar a una ambulancia.

Miriam se pegó a uno de sus brazos.

De pronto sentía una súbita, una violenta ternura hacia él.

Y miedo.

Un miedo espantoso a que a Mark pudiera ocurrirle algo, lo que significaría para ella quedarse sola.

Musitó:

—Mark, no lo hagas. Tú no llevas ni un simple cuchillo...

—Es posible que tampoco lo lleven ellos. Además, puede que esté equivocado. Ante todo, necesito hablar con ellos.

—¡Mark!

Él no le hizo caso.

Salió.

Los tres hombres pestañearon a la vez al verle aparecer en la puerta principal de la gran casa silenciosa. Pero ésa fue toda su reacción de sorpresa. Enseguida sonrieron a la vez.

—Hola —dijo uno de ellos—. ¿Usted es quién se encarga del pequeño John Losey?

—En este momento, sí.

—Venimos a llevárnoslo.

—¿Adónde?

—Al colegio de Exeter. ¿No lo sabe? Mire, aquí está la orden firmada por el doctor Kent, su tío.

Uno de los hombres avanzó y se la mostró a Mark. Todo estaba en regla. En la orden de traslado figuraba incluso la matrícula del coche que había de llevarse al pequeño.

Es decir, resultaba muy posible que las sospechas de Mark fueran infundadas, pero de todos modos no podía arriesgarse a cometer un error. Por eso murmuró:

—El pequeño Johnny no está disponible ahora. No olviden que es un enfermo. Ya cuidaré yo mismo de llevarlo a Exeter.

Los cuerpos de los tres hombres se tensaron.

Tenían siempre las mismas reacciones, y además las tenían simultáneamente. Se notaba que estaban acostumbrados a trabajar en equipo.

—Lo sentimos —dijo uno de ellos—, pero aquí hay una orden escrita y vamos a cumplirla.

Mark intentó sonreír. Trató de mostrarse moderado.

—No es una orden militar —dijo—. Puede aplazarse, puede cambiarse... Como les digo, yo mismo cuidaré de llevar al pequeño a Exeter.

Bruscamente, los ojos de Mark brillaron.

Se dio cuenta de que no se había equivocado al sospechar.

Las caras de los tres hombres estaban cambiando. Se acercaban a él con los puños apretados.

Mark susurró:

—Pero, señores...

Intentaba mostrarse conciliador. Sonreía amablemente.

Pero sus ojos eran ahora los de un puma al acecho.

Fue él quien disparó primero.

Fue él quien largó la andanada de sus dos puños expertos en la media distancia.

Fue demoledor.

El impacto hizo que la mandíbula del fulano que tenía más cerca cambiara materialmente de sitio. Los ojos de aquel tipo se pusieron blancos. Hizo una extraña pirueta sobre sus tacones y se estrelló contra el «Jaguar».

Pero quedaban los otros dos.

Y los otros dos ya no trataban de disimular.

Habían sacado cuchillos.

El de la izquierda se lanzó en línea recta hacia el corazón de Mark, tratando de dejar el asunto resuelto por la vía rápida. Pero no contaba con que el joven era un buen *catcher*, además de un boxeador de puños demoledores.

La mano que sujetaba el cuchillo pareció quedar presa entre dos garfios de acero.

Alguien tiró de ella.

El sicario lanzó un aullido.

Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, ya estaba planeando en vuelo sin motor. Se estrelló contra una de las paredes de la casa y lo último que oyó fue una «música» especial: fue el chasquido de todos sus huesos.

Mark giró bruscamente.

Le quedaba un enemigo y sabía que éste no gastaría bromas. Ahora la jugada era ya a vida o muerte.

En efecto, el último sicario no gastó contemplaciones. Extrajo un pequeño revólver de cañón chato, un *bulldog* de su funda sobaquera.

Mark se dio cuenta de que estaba perdido.

Pero nadie lo hubiese dicho, viendo su rostro impassible. Saltó sobre su pierna derecha, se apoyó en ella y al mismo tiempo lanzó

la izquierda con una velocidad fulminante.

Sonó un crujido.

La muñeca derecha de su enemigo acababa de partirse a causa del feroz impacto. El *bulldog* vaciló entre los dedos incapaces de sostenerlo.

Mark no perdió un segundo.

Era su oportunidad.

Por su profesión de médico conocía bien los sitios más vulnerables de un hombre. Y su enemigo estaba ahora muy cerca del espejo retrovisor externo del coche.

Saltó sobre él y lo hizo vacilar, doblándole la cabeza.

Logró que el parietal de su enemigo chocara brutalmente contra la parte metálica del retrovisor. Por la cara que puso se dio cuenta de que le había roto la arteria meninge media.

Eso significaba que estaba condenado a muerte. Significaba que su cerebro quedaría ahogado, destrozado por la misma presión de la sangre.

Un gancho a la mandíbula envió a aquel enemigo a la región de los sueños, una región de los sueños de la que ya no volvería a despertar jamás.

Mark volvió a girar sobre sí mismo.

Se movía con la rapidez de un ciclón.

Logró sujetar el revólver que su enemigo acababa de soltar y lo alzó mientras miraba hacia el frente. Se dio cuenta de que no tenía un segundo que perder.

Otro de los enemigos ya venía hacia él con el cuchillo.

Se notaba que era un experto. Le atravesaría el corazón si él no se movía a tiempo.

Mark no gastó contemplaciones. Se trataba no sólo de su propia vida, sino también de la vida de un niño y de la de Miriam. Por eso apretó los labios cuando vio las cejas de su enemigo recortarse ante el punto de mira del revólver.

Pensó: «Buen viaje».

Y apretó el gatillo.

La cabeza del otro pareció deshacerse. La bala le había penetrado por debajo de un arco superciliar y le levantó materialmente el cerebro. Sonó un leve grito mientras el sicario se desplomaba contra la pared de la casa.

A Mark le parecía increíble.

Había matado en menos de un minuto a dos hombres.

Pero también le parecía increíble aquella especie de pesadilla que se inició con la muerte de lord Losey. Ya que estaba en el baile, iba a bailar. ¡Y de qué modo!

Y comprendió que ya no tendría tiempo.

El cuchillo de su último enemigo le venía en línea recta hacia el hígado. Si no lo esquivaba, estaría más listo que una res en el matadero.

Se flexionó todo lo que pudo.

Desesperadamente.

Alzó la pierna derecha en un último intento de cubrir el hígado. Sintió de pronto que el dolor llegaba hasta el fondo de sus huesos.

La hoja de acero no le había penetrado en aquella víscera vital gracias a la rapidez de sus movimientos, pero en cambio le había rasgado el muslo desde la cadera hasta la rodilla. Era una herida terrible y que podía resultar mortal a poco que se descuidase.

Apretó desesperadamente los dientes para contener un grito de dolor.

Rodó por el suelo.

Sin darse cuenta, a causa del estremecimiento de todo su cuerpo, había tenido que soltar el revólver. Intentó angustiosamente gatear para recuperarlo, pero la pierna herida no le respondía.

Su enemigo vino de nuevo hacia él.

Lanzaba un grito de triunfo.

Mark lo pudo rechazar de un puñetazo en el bajo vientre. El otro bailó sobre las puntas de los pies una especie de *rock and roll* mientras lanzaba ayes de dolor y se acordaba al menos siete veces de la madre de Mark. Bruscamente, se sobrepuso y atacó de nuevo.

Mark se sintió perdido.

No podía apenas moverse.

Y en aquel momento oyó el disparo. Aquel disparo que llenó de ecos dormidos su cerebro.

CAPÍTULO V

UNA BALA EN LA NOCHE

El hombre que se disponía a apuñalar a Mark se encogió sobre sí mismo. Una expresión de sorpresa, de estupor, apareció en su rostro. Cerró los ojos y acabó estrellándose contra una de las paredes.

Ya no abrió los ojos más.

La bala le había atravesado el corazón en línea recta.

Mark miró hacia el frente sin poder creerlo. Y sus ojos se encontraron entonces con los del doctor Kent, hermano del difunto lord Losey y por lo tanto tío del pequeño Johnny.

Era éste el que acababa de disparar, salvándole la vida.

Su cara estaba contraída en una mueca de rabia. Barbotó:

—¿Pero qué es esto?

—Usted lo debe saber mejor que yo, colega —dijo Mark—. Llevaban una orden firmada por usted.

Y la señaló con un gesto del mentón.

En efecto, la orden para trasladar al pequeño Johnny aún descansaba en el capó del coche. De un momento a otro podía llevársela el viento.

El doctor Kent la recogió con un gesto de rabia.

Era un hombre joven, dos años más joven que su difunto hermano John Losey, el primogénito. Llevaba unas ropas deportivas y un pañuelo de seda anudado al cuello, pero su expresión no era la del que va a jugar al golf, sino la del que va a partirle la boca a alguien.

—Por eso estoy aquí —barbotó—. Alguien ha robado el coche y la orden que estaba dentro, en la guantera. He temido algo y he venido a la máxima velocidad. Por fortuna veo que he llegado a

tiempo.

Mark pudo ponerse difícilmente en pie, sujetándose la pierna herida.

—¿Quiénes eran esos tipos? —balbució.

—¿Y yo qué sé? Lo importante es que no lo han liquidado, Mark. Voy a llamar a la policía.

—No podrá, Kent.

Kent, que ya iba a entrar en la casa, se detuvo de repente, con las facciones amarillas.

—¿Por qué no podré? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Alguien ha cortado los hilos telefónicos. Y no sólo eso. Han ahorcado a la señora Marton.

Las facciones de Kent se hicieron más amarillas aún. Susurró:

—Está usted loco, Mark.

—¿Cree que miento o que sueño? ¡Pues entre y comprobará que no! Además, ¿qué hacen estos muertos aquí? ¿Vacaciones?

Kent hundió la cabeza.

De pronto se dio cuenta de que Mark estaba herido de que perdía una enorme cantidad de sangre.

—Le han dado, ¿eh?

—Por milagro no me han atravesado el hígado.

—Pues no crea que está mucho mejor de todos modos. Venga, le curaré. Hay un botiquín en la casa.

Los dos entraron para encontrarse con los ojos atónitos de Miriam. Ésta parecía a punto de sufrir un *shock*. Los acontecimientos la habían desbordado de tal modo que resultaba incapaz de moverse.

Mark se dejó caer en uno de los divanes, poniéndolo perdido de sangre. Kent llegó enseguida con lo necesario para una primera cura, en especial unas tijeras. Rasgó con ellas toda una pernera del pantalón de Mark.

—Hum... —susurró—. ¡Menuda degollina!

—Ya me he dado cuenta. Menos mal que he caído en manos de otro médico.

—Hubiera podido curarse usted mismo, pero sin la ayuda de nadie le hubiera resultado mucho más difícil.

A ver... Espere, esto le dolerá un poco.

Mark apretó los labios.

Bueno, había que aguantarse.

Cuando la cura estuvo hecha y la pierna vendada, lo mismo Kent que él hicieron un gesto de preocupación.

—Pasará una mala noche —dijo Kent—. Yo lo llevaría a un hospital, pero creo que ahora es mejor no moverse. Dentro de un par de horas estoy aquí con una ambulancia.

—¿Qué va a hacer?

—¿No dice que han asesinado a la señora Marton?

—Sí.

—Pues voy a dar parte, naturalmente. Después de toda la «fiesta» que se ha organizado ahí fuera, no voy a estar me callado. Si los hilos telefónicos están cortados, iré en el coche a Kenilworth. El puesto de policía no está tan lejos.

—Se lo agradezco, Kent. Sin usted no sé qué hubiera hecho.

—No hago más que defender a mi sobrino y quizá defenderme a mí mismo. Aquí hay algo que no entiendo y que necesito aclarar cuanto antes.

Fue a salir. Mark le detuvo.

—Oiga, Kent.

—¿Qué?

—Usted ha matado a un hombre. ¿No es ningún compromiso el declararlo? ¿Tiene en regla el arma que ha usado?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque si fuese necesario yo declararía... En fin, diría lo más conveniente para que a usted no le metan en uno de esos mejunjes legales de los que ya no se sale nunca.

Kent sonrió.

—Gracias, Mark, pero lo tengo todo en orden. La licencia de armas, la guía, el permiso para comprar munición, la documentación del coche robado... No me pueden meter en ningún lío por haber evitado que asesinaran a un hombre. ¿Puede aguantar un par de horas como máximo, hasta que yo vuelva con la policía y una ambulancia?

—Claro que sí.

—Pues no toque nada. Ah... ¿Quiere acompañarme la señorita? Quizá tenga miedo de quedarse aquí.

Miriam negó con la cabeza.

La verdad era que tenía miedo, un miedo cerval a seguir allí,

pero se sentía incapaz de dejar solo a Mark, sin ninguna clase de ayuda. Y además estaba el pequeño Johnny...

—No, gracias —musitó—. El herido puede necesitarme.

—En ese caso tengan un poco de paciencia. Como máximo un par de horas, se lo repito. Adiós, Mark. Y creo que no necesito decirle a un médico lo que tiene que hacer con esa pierna.

Mark asintió.

Demasiado lo sabía.

Quedarse quieto y aguantar. Y encima saber que las próximas horas serían una pesadilla.

Cuando el runruneo del coche se perdió entre las sombras, el joven clavó sus ojos en Miriam.

Ésta bisbiseó:

—Lo... lo siento, Mark.

—¿Lo sientes por qué?

—He sido incapaz de reaccionar. Nunca creí que el miedo pudiese paralizarla a una de esta manera.

—Pues a mí me parece muy normal. Desde que llegaste a esta casa vas de pesadilla en pesadilla. Debes tener los nervios destrozados.

—No es eso lo peor, Mark. Es que hasta las piernas se niegan a sostenerme.

—¿Sabes qué deberías hacer?

—¿Qué?

—Tomar un baño caliente.

—¿Crees que podría? ¿Piensas que sería capaz de desnudarme y meterme en una bañera sabiendo que hay una mujer muerta a pocos pasos?

—Para la mujer muerta no van a cambiar las cosas porque tú te bañes o dejes de hacerlo. Pero te sentaría muy bien para los nervios, ¿sabes? Aunque puedes hacer algo mejor aún.

—¿Qué?

—Hacer compañía a Johnny.

—Tienes razón, Mark. Voy ahora mismo.

—A veces es una suerte tener menos inteligencia que los demás, ¿sabes? Para ese pobre chico las cosas no tienen ninguna emoción. Seguro que ha visto el cadáver de la señora Marton y no se ha impresionado. Otro estaría deshecho.

—Es cierto... Pero de todos modos le acompañaré.

Fue a atravesar de nuevo uno de los umbrales cargados de sombras. De pronto se estremeció.

—Mark...

—¿Qué?

—Ningún sirviente ha acudido al oír los disparos. Eso significa que *estamos completamente solos*.

—Sí, ya lo he pensado antes. Pero no es que hayan abandonado su servicio, sino que están demostrando que son fieles a la memoria de lord Losey. Seguro que velan su cadáver en la Morgue, y a lo largo de la noche irán volviendo.

—Menos mal que... menos mal que estás tú aquí, Mark.

Él intentó reír animosamente, aunque malditas las ganas que tenía.

—Mira, muñeca, de mí no te fíes demasiado. Estoy aquí como una estatua que de vez en cuando tendrá que pedirte un trago y una aspirina.

—Yo lo digo por el efecto moral, Mark. Y además has demostrado que sabes pelear.

—Ahora demostraría todo lo contrario. Estoy baldado. Y de no ser por el doctor Kent me habrían apiolado igualmente.

Ella alzó un poco las manos, como si de pronto recordara algo.

—Oye, Mark, lo que acaba de suceder indica que el doctor Kent es inocente...

—Yo creo que sí.

—¿Pues entonces qué ocurre? ¿Quién puede tener interés en matar al pobre Johnny?

—El asunto puede tener otra cara —dijo el joven tras reflexionar unos instantes—. Tal vez esos individuos eran unos vulgares hijos de perra que no querían matar al chico, sino secuestrarlo. Hubieran pedido un rescate a Kent y éste no hubiese tenido más remedio que pagarlo.

—Es cierto. Parece una idea lógica.

—De todos modos la policía lo aclarará. Seguro que al ver los muertos recordará las caras de esos individuos. Tienen que estar fichados. Y ahora vete junto a Johnny, Miriam. No te preocupes más por mí.

Ella le dirigió una mirada cargada de ternura.

Era como en los viejos tiempos.

Como en aquellos años durante los cuales ella creyó en la vida, creyó en la felicidad, creyó en el amor. Desgraciadamente tenía que confesarse que todo lo había destruido por culpa suya.

Pero no quiso que Mark rompiera con su familia. No quiso ser una intrusa en el orgulloso clan. Prefirió sacrificarse antes que ver cómo Mark tenía que abandonar el elevado mundo que por nacimiento le pertenecía.

Tonterías.

Él mismo lo había dicho: «Soy simplemente un médico que se gana la vida con su profesión».

¡Si el tiempo pudiera volver atrás! ¡Si una pudiera, parar el reloj en ciertos instantes de su vida!

Miriam meneó la cabeza.

Adiós a los viejos recuerdos.

Ahora sólo tenía que pensar en Johnny y en los misterios insondables de aquella casa.

Abrió la puerta.

Y de repente estuvo a punto de lanzar un grito.

—¡Johnny! —barbotó.

El pequeño estaba inclinado sobre la muerta. La tocaba.

—¡Johnny!...

—No te asustes —dijo él con la mayor calma—. ¿Por qué estás nerviosa? Sólo le cerraba los ojos...

CAPÍTULO VI

EL CUCHILLO EN LA ESPALDA

Había un viejo reloj en Losey Manor, uno de esos enormes relojes que parecen venir del principio de los tiempos, y que recordaba por su aspecto al famoso

«Bing-Ben»

del Parlamento de Londres. No resultaba difícil imaginar a los habitantes de la enorme hacienda viviendo en otros tiempos al ritmo de aquel reloj que marcaba el paso solemne de las horas. Quizá en estos momentos ya nadie se fijaba en él, porque hasta los más humildes labriegos tienen su reloj de pulsera. Pero la vieja máquina seguía existiendo, y fueron ahora sus campanadas las que sobresaltaron febrilmente a Miriam.

Tuvo la brusca sensación de que se había dormido.

Contó las campanadas con un sobresalto.

Diez.

Las diez de la noche, es decir noche cerrada. Si no recordaba mal, el doctor Kent se había marchado sobre las siete y media, cuando oscurecía. Es decir, estaba tardando ya demasiado tiempo.

Entrelazó los dedos con angustia.

Estaba a solas con Johnny. Miró al pequeño como si lo viese por primera vez.

Sus ojos tranquilos, quietos...

Ninguna emoción.

Y, por desgracia, ningún pensamiento.

—¿Qué haces, Johnny?

—Juego.

—¿A qué?

—Pues...

De repente la muchacha lanzó casi un chillido.

—¡Johnny!

Mientras ella estaba adormilada, destrozada por el cansancio, el pequeño se había puesto a jugar. ¡Pero a menudo juego! Introducía a medias un enchufe, lo tocaba y recibía una descarga eléctrica. Hacía un gesto y volvía a probar.

¡Era espantoso!

¡Aquel niño tenía menos inteligencia que un animal! ¡Hasta los animales más estúpidos, como los pulpos y los peces, recuerdan perfectamente no volver a acercarse a los sitios dónde han recibido una descarga eléctrica!

¡No se le podía dejar solo! ¡Era capaz de matarse!

Gimió:

—¡Johnny, no hagas eso!

El otro soltó el enchufe.

—Perdona —dijo humildemente—. No quería enfadarte.

—¿Pero no te hacía daño?

—Eso es igual. Pero sobre todo no te enfades conmigo.

La muchacha sonrió suavemente.

Era imposible estar enfadada con Johnny. Inspiraba la misma simpatía que inspiran los animalillos indefensos. Una súbita oleada de ternura invadió de nuevo a Miriam, quien comprendió que por nada del mundo dejaría que al pequeño le ocurriese algo.

—Deberías acostarte —musitó.

—Me acostaré si tú lo mandas, pero no tengo sueño.

—Está bien, está bien... Haz lo que quieras, pero dame el enchufe. ¿Puedo dejarte solo?

—Claro que puedes.

Miriam le dio un suave cachetito en la mejilla. Aquella ternura que sentía por él la iba invadiendo más y más a cada instante que pasaba. Salió de la habitación mientras sentía que otra vez su espalda era recorrida por un ramalazo de miedo.

Las diez...

Kenilworth, al fin y al cabo, era una población que estaba cerca. ¿Por qué el doctor Kent tardaba tanto?

Miró a Mark.

Mark seguía en el diván y debía tener fiebre, porque estaba muy abatido. Pero trató de sonreír al ver acercarse a la muchacha.

—Hola, Miriam. ¿Qué hay?

—Estoy asustada, Mark.

—¿Por qué?

—El doctor Kent se marchó a las siete y media y son más de las diez. ¿Por qué tarda tanto?

—Te equivocas. No se ha marchado a las siete y media, sino después de las ocho.

Miriam negó con la cabeza suavemente.

—Mark, tú estás tratando de animarme y por eso mientes, pero sabes mejor que yo que se ha marchado a las siete y media. Por lo tanto algo raro ocurre.

Mark afirmó con la cabeza.

Quería mostrarse animoso, pero se notaba que pensaba lo mismo que Miriam.

—Quizá ha tenido un accidente —susurró.

—Mark, ¿qué crees que debemos hacer?

—Esperar.

—Yo ya no puedo esperar más. Yo estoy segura de que algo le ha sucedido al doctor Kent.

—En ese caso, ¿por qué no vas hasta Kenilworth? Ahí fuera está el coche de los asesinos.

—Tienes razón. Y también está el mío. ¿Y tú no has traído ninguno, Mark?

—No. Yo vine con el de un amigo. Pero de todos modos sobran coches. Toma el que más te guste y ve a Kenilworth. No tardes.

—¿No te importa que te deje solo?

—¿Por qué me va a importar?

—¿Y... y Johnny?

—A mí me quiere y por tanto me pedirá cualquier cosa que necesite —susurró Mark—. Además, antes de dejar que le toquen un pelo tendrán que matarme. No pierdas tiempo. Ve tranquila...

Ella tragó saliva.

Sí. Tenía que hacerlo.

El doctor Kent debía haber sufrido un accidente, cayendo por ejemplo a un terraplén y quedando oculto por la vegetación. En ese caso jamás la policía de Kenilworth se enteraría de lo que estaba sucediendo.

Pasó con angustia por encima de los muertos, procurando no

tocarlos. La luz de las estrellas los iluminaba tétricamente. Abrió la portezuela del coche y giró la llave de contacto.

Nada.

Como si diese vueltas a una cucharilla de café.

El motor debía haberse estropeado, que era lo peor que podía pasar en esas circunstancias. Pero por fortuna aún contaba con su viejo cacharro. Su viejo cacharro no era capaz de correr, pero como los buenos veteranos, conocía su oficio y no fallaba nunca.

Miriam se colocó ante el volante.

Contacto.

Y nada.

Silencio también.

Como si en lugar del motor de un coche estuviera tocando una estatua.

Miriam sintió que unas gotitas de sudor helado empezaban a resbalar por sus facciones.

Su coche no podía estar estropeado.

¡Allí pasaba algo!

Con una súbita sospecha, alzó el capó y miró al interior. La luz de las estrellas le mostró perfectamente el sitio de la batería. ¡Un sitio que estaba vacío!

¡Se habían llevado la batería! ¡Habían dejado el coche convertido en un montón de brillante chatarra!

Miriam alzó el capó del otro vehículo, del «Jaguar» negro.

Lo mismo.

Era como cuando cortaron los hilos telefónicos.

Los habían encerrado allí. Los habían aislado del mundo exterior para que no pudiesen pedir auxilio.

La muchacha cerró los ojos.

Sentía el vértigo de la muerte.

El terror arqueaba su cuerpo, desde los tacones hasta a nuca, pasando por sus piernas mórbidas.

La luz fría de las estrellas penetraba en su cráneo.

Y era como la luz de la muerte.

Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para empezar a andar de nuevo. Le pareció que había millas hasta la puerta de la casa.

Una vez allí se apoyó en la pared.

Le costaba hasta respirar.

—Mark...

Él alzó la cabeza. Se dio cuenta de que algo terrible sucedía con sólo mirarla.

—¿Qué, Miriam?

—Se han llevado las baterías de los dos coches. Estamos más aislados que si nos encontráramos en el Himalaya.

Los labios del joven temblaron un momento. Sólo un momento. Por lo demás encajó la noticia con extraña serenidad, como si en el fondo de sí mismo ya la hubiera sentido.

—Eso significa muchas cosas, Miriam —dijo con voz tenue—. Demasiadas cosas tal vez.

—Sí...

—Pero no está todo perdido. Se puede intentar llegar a la carretera y hacer *auto-stop*.

Ella se estremeció.

Sentía en la espalda un ramalazo de muerte.

—Mark —musitó—, quizá es eso lo que están esperando.

—¿Qué quieres decir?

—Para llegar hasta la carretera he de atravesar todo el parque. Y el parque es inmenso, Mark. Detrás de cualquier árbol pueden estar aguardando para acabar conmigo.

Él movió la cabeza.

Ahora ya no trataba de disimular su preocupación aunque sus facciones seguían siendo serenas.

—Comprendo que tienes razón, Miriam, pero quizá haya otro sistema.

—¿Cuál?

—Tú habías montado a veces a caballo. Recuerde que dábamos paseos por Hyde Park. ¿Serías capaz de llegar hasta la carretera al galope, atravesando el parque? Puede que te esperen, pero seguro que así no podrían alcanzarte.

—¿Hay caballos aquí?

—Sí, como en casi todas las viejas mansiones del campo inglés. No tienes más que ensillar uno y salir al galope. Si eres un poco decidida no te ocurrirá nada.

—Claro que soy decidida, Mark.

—Pues prueba... Espera. Voy a la cuadra contigo.

Se puso en pie y logró dar dos pasos. Pero solamente dos.

Inmediatamente la pierna herida le falló y cayó al suelo mientras ahogaba una maldición.

Miriam le ayudó a levantarse.

La frente de Mark ardía. Estaba pasando por el peor momento de la crisis de fiebre.

La muchacha se dio cuenta de que estaba sola. Por muy valiente que fuese Mark. —Y no había duda de que lo era—, no podía hacer milagros. A Miriam le sería imposible contar con su ayuda al menos por aquella noche.

—Iré yo sola, Mark —musitó.

—Que... que tengas suerte.

—Mark, tengo miedo... Si te atacan no podrás defenderte.

—No te ocupes de mí, maldita sea... Piensa sólo en ti misma.

Ella afirmó con un gesto de decisión.

Tenía que ser valiente. Tenía que llegar hasta Kenilworth fuera como fuera.

—Adiós, Mark. Confía en mí.

Salió y fue hacia las cuadras. No era difícil encontrarlas porque todo estaba allí cuidadosamente indicado, Una vez en ellas, y a la luz amarillenta que reinaba en el interior, vio tres magníficos corceles que se removían impacientes. Tenían ganas de galopar y la llevarían a la carretera en un momento.

Elegió una silla.

La puso sobre el lomo de uno de los animales y la sujetó bien. Luego se dispuso a montar.

Claro que para eso la molestaban sus ropas, aquellas ropas serias de chica de oficina.

Se quitó la falda. Sus maravillosas piernas quedaron al descubierto.

Aquello era un *striptease* capaz de paralizar el motor de un tanque.

Claro que Miriam lo hacía sin picardía y sin tener espectadores. Así, con las piernas libres, pensaba poder montar bien hasta llegar a la carretera. Y seguro que el primero que la viese paraba el coche con los dos frenos a la vez.

Se dispuso a elevar la pierna izquierda hasta el estribo.

Su maravillosa, su larga, su torneada pierna izquierda. Pero no llegó a hacerlo.

Tuvo que dejarla así, suspendida en el aire.

Sintiendo el frío de la muerte cuando la hoja de aquel cuchillo le acarició la espalda...

CAPÍTULO VII

¿QUE ESPERABAS, MUÑECA?

Miriam no se atrevió ni a volverse.

Oyó como un silbido extraño que era el de su propia respiración.

La pierna izquierda bajó poco a poco mientras el cuchillo bajaba también. Le produjo un leve corte en el muslo y una carrera en la media.

Era como una muda advertencia de que el hombre situado a su espalda estaba dispuesto a matar.

Miriam juntó las manos como en una súplica.

Sentía que su corazón latía desenfrenadamente.

La voz dijo con suavidad:

—Vuélvete.

Ella se fue volviendo poco a poco. El cuchillo cambió de posición para apoyarse en su garganta.

Y entonces Miriam lo vio con claridad.

No tuvo ninguna sorpresa porque ya había reconocido su voz, pero ahora supo más que nunca que estaba condenada a muerte.

El doctor Kent sonrió con expresión de burla.

La luz espectral de la cuadra hacía que sus dientes parecieran largos, amarillos, como los de una fiera al acecho.

Bisbiseó:

—¿Asustada?

—De... debí imaginarlo —bisbiseó ella—. Debí comprender que en realidad no pensaba pedir ayuda ni llegar hasta Kenilworth.

—¿Y por qué, muñeca?

—Porque es usted el único a quien beneficiaría la muerte del pequeño Johnny. El único que ganará algo muy importante si lo mata.

El otro siguió sonriendo.

No le importaba que la muchacha conociera la siniestra verdad. La tenía tan segura como si Miriam estuviera metida ya dentro de una tumba.

—Por supuesto que quiero matarlo —dijo tranquilamente—. Cuando ese pequeño reviente, el heredero de la fortuna de los Losey será únicamente yo.

Miriam apretó los labios con una mueca de dolor.

—¿Qué tenían que hacer aquellos tres asesinos que llegaron en el «Jaguar» negro? —musitó—. ¿Matarlo y simular un accidente?

—Sí, pero lo hicieron tan mal como supieron. Eran gentuza. Nunca debí confiar en asesinos de tan baja estofa.

—¿Por eso mató al último que quedaba?

—Sí. Por eso. Reconozco que quizá fui algo impulsivo, pero no pude resistir la tentación de castigar la estupidez de aquel tipo. También pude entonces liquidar a Mark, puesto que yo tenía un arma, pero sabía que tú debías estar mirándome y en cambio yo no te veía a ti. Eso significaba tener un testigo oculto, lo cual no me interesaba de ningún modo. Por lo tanto decidí seguir el juego y mataros con todas las garantías, de modo que no pudiese tener ya ninguna sorpresa.

La muchacha sintió que se le contraía la garganta.

Bruscamente su propia desesperación hizo que ya no sintiera miedo. Cuando uno está convencido de que la muerte es inevitable, el miedo desaparece casi siempre. Sólo intentó ganar tiempo por si aún había alguna remota posibilidad de hacer algo. Y por eso balbució:

—¿Qué... qué ganará matándonos?

—La pregunta es estúpida, muchacha. Ganaré dejar indefenso al pequeño Johnny. Vosotros dos sois los únicos que lo protegéis ahora.

—¿Por... por eso hizo matar también a la señora Marton?

—Claro que sí, preciosa. Por eso. La señora Marton quería mucho a Johnny y desconfiaba de todo el mundo. Cuando supo que unos desconocidos iban a llevárselo, se puso terca y se negó. Por eso hubo que matarla, aunque mis compinches alquilados a bajo precio lo hicieron también muy mal. Aquellos hijos de perra se mostraron desde el principio como unos asesinos de baja estofa. No hacía falta

matarla de un modo tan espectacular, no hacía falta colgarla de una lámpara.

Entrecerró siniestramente los ojos y añadió:

—El caso es que sólo vosotros le protegéis ahora... Los criados están en Kenilworth, velando el cadáver, y no llegarán a tiempo de hacer nada. Primero te mataré a ti y luego a Mark, haciendo desaparecer los cadáveres. Luego el pequeño Johnny caerá como una fruta madura...

Miriam volvió a sentir en los huesos el frío de la muerte.

Pero no fue por ella.

Fue por el pequeño Johnny. Porque imaginó a aquellos esbirros persiguiéndolo, apuñalándolo, haciéndolo pedazos...

—No podrá... —dijo bruscamente—. No cobrará ni un céntimo de la herencia, maldito perro. Todo el mundo se dará cuenta de que el niño ha sido asesinado.

—Oh, no... —El doctor Kent lanzó una risita de suficiencia—. Simularé un accidente. Tengo otros hombres contratados, otros hombres que me ayudarán y que no son tan estúpidos como los que ya han muerto. Hay viejos pozos en la mansión de los Losey, y Johnny caerá «casualmente» a uno de ellos. En cuanto a vosotros, apareceréis bien lejos de aquí. Un accidente de coche...

Miriam sintió renacer una brusca esperanza.

No iba a matarla con el cuchillo.

¡Por lo tanto aún podía luchar!

—No, no confíes ya en nada —dijo el doctor Kent, adivinando sus pensamientos—. Como el coche arderá y vuestros cuerpos quedarán absolutamente carbonizaos, nadie podrá notar que antes habíais muerto a cuchilladas los dos. De modo que ya puedes despedirte de la vida, muñeca. Lástima...

Miró con ojos codiciosos el tentador cuerpo de Miriam.

Sus fabulosas piernas.

Sobre todo aquellos muslos capaces de enloquecer a cualquier hombre.

—Lástima —siguió diciendo, mientras los acariciaba con la mano izquierda—. Lástima tener que desaprovechar a una chica así...

Ella se dio cuenta de que el asesino se había distraído.

Estaba muy seguro de su fuerza y por eso, en aquellos decisivos

instantes, se permitió el lujo de pensar solamente en aquellas sugestivas piernas que tenía al alcance de sus dedos. Su mirada se hizo turbia. La mano derecha, que sostenía el cuchillo, se apartó un poco.

Miriam tensó los músculos.

¡Era su oportunidad!

La rodilla izquierda se alzó fulminantemente, con una rapidez que ni ella misma esperaba. Con una fuerza brutal se clavó en la entepierna del doctor Kent.

No era precisamente una caricia muy agradable para el hombre que estaba pensando en la seducción de aquel cuerpo femenino.

Lanzó un grito de dolor y de rabia.

E instantáneamente dibujó con su cuchillo una línea de muerte.

Pero Miriam era ágil y ya había apartado el cuello. La hoja de acero solamente la rozó. El doctor Kent repitió su grito de rabia y se lanzó hacia adelante.

Buscaba en línea recta el corazón de su víctima.

Pero ésta era ágil como una gacela. Y la desesperación le daba una fuerza que quizá hasta entonces nunca había tenido.

Lo único que consiguió el doctor Kent fue herir al caballo que ahora tenía delante.

El animal relinchó y se alzó de remos. El doctor Kent recibió un golpe y cayó hacia atrás, mientras lanzaba un grito de rabia.

Miriam saltó.

Por fortuna tenía las piernas libres, sin el estorbo de la falda. Chocó contra una de las paredes y se deslizó hacia la puerta. El doctor Kent lanzó una maldición mientras se disponía a sacar su pistola, aun a riesgo de hacer ruido.

Ya no tuvo tiempo de disparar.

La muchacha había desaparecido como una gacela entre las sombras de la noche.

Bruscamente se encontró ante la puerta de la casa.

Todo aquello le seguía pareciendo un condenado sueño.

Aún no podía creer que estuviera viva.

—Mark...

Él la miró sobresaltado al verla entrar. Esta vez no pudo evitar que a sus facciones asomara una expresión de estupor.

—Miriam... ¿pero qué es eso?

Ella cerró la puerta e hizo girar la llave.

Respiraba angustiosamente.

Sus facciones tenían un color lívido.

—Mark —musitó—, estamos acorralados. El doctor Kent trata de matarnos a los dos.

—¿Pero qué dices? ¿Estás loca?

—Por favor, oye bien esto.

Le explicó en breves palabras lo que acababa de suceder, mientras se apoyaba de espaldas en la puerta. Mark la escuchaba con las facciones tensas.

Tampoco dio muestras de sorprenderse demasiado, al fin y al cabo.

Quizá en el fondo de sí mismo había estado esperando temiendo una cosa parecida.

—Además no es eso solo —terminó la muchacha—. Kent ha alquilado otros asesinos.

—¿Cuántos?

—No lo sé.

—Entrarán en la casa, Miriam. Hay que cerrar cuanto antes puertas y ventanas.

—¿Cerrar puertas y ventanas... de todo esto?

—¿Por qué no?

—¡La casa es inmensa!

—Pues hay que hacerlo. Hay que evitar a toda costa que entren. En encerrarnos aquí está nuestra única posibilidad de defensa.

Ella asintió con una cabezada.

Se daba cuenta de que tenía que obrar a toda prisa. Mark se levantó cómo pudo y empezó a asegurar las ventanas de aquel lado de la casa.

—Primero las de la planta baja, Miriam. ¡Corre!

—Es... está bien, Mark.

Fue como una alucinada de habitación en habitación, asegurando las ventanas. Todo aquello le seguía pareciendo un sueño. Pero sabía que no iba a terminar nunca... ¡Nunca!

La casa era inmensa.

Las habitaciones con ventanas se sucedían unas a otras. Parecía que aquello no iba a terminar jamás.

Y mientras tanto quizá los asesinos estaban ya en el interior.

Quizá se estaban encerrando en su compañía.

De pronto los dientes de la muchacha produjeron un chirrido.

Porque acababa de ver una sombra en una de las habitaciones.

Una sombra larga, espesa, que parecía abalanzarse hacia ella.

CAPÍTULO VIII

UN RESPLANDOR EN LA NOCHE

Miriam ahogó un gemido.

No tuvo fuerzas ni para chillar.

La sombra casi tropezó con ella. Una mano se posó en su hombro derecho.

Y entonces Miriam respiró quizá por primera vez en un par de minutos, cuando ya estaba a punto de ahogarse. Porque había visto que la persona que estaba junto a ella era una mujer joven, relativamente bonita, que llevaba el uniforme negro de las sirvientas de la casa.

La sirvienta musitó:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué corre de ese modo?

—¡Tratan de matarnos!

—¿Pero qué dice?

—¡Por Dios! ¿No ha visto a nadie fuera de la casa?

—No, no he visto a nadie. Hace un momento he llegado de Kenilworth, después de velar el cadáver.

—¿Ha venido sola?

—Sola.

—¿Por qué puerta ha entrado?

—Pues... por ésa.

Le señaló una que estaba junto a la ventana y que había pasado inadvertida a Miriam. Ésta corrió hacia allí e hizo girar la llave ansiosamente.

—¿Ha traído coche?

La sirvienta afirmó con un gesto.

—Sí. ¿Pero quiere explicarme todo esto? ¿Qué le pasa?

Miriam le hizo una breve relación de lo sucedido. Empleó muy

pocas palabras, pero su acento era tan convincente y su expresión tan sincera que la otra se convenció enseguida de que estaba diciendo la verdad.

Palideció también como una muerta.

—Dios santo... —musitó—. ¿Qué podemos hacer?

—De momento cerrar puertas y ventanas —dijo Miriam—. Yo iré al piso superior. ¿Hay alguna entrada por los sótanos?

—Sí.

—Vaya allí y cierre, se lo suplico. Tenemos que dividirnos el trabajo o estamos perdidos.

La sirvienta asintió con un gesto.

Echó a correr mientras Miriam se dirigía a toda prisa al piso superior de Losey Manor.

Casi todas las ventanas estaban allí abiertas.

Por ellas entraban las sombras siniestras de la noche.

Miriam empezó a cerrarlas frenéticamente. Había momentos en que no sabía ni dónde estaba. Cuando tuvo la sensación de haber terminado, estaba ya completamente exhausta.

Se detuvo a respirar con anhelo.

Ya no podía más.

Descendió entonces al piso inferior, porque supuso que la sirvienta ya habría terminado de cerrar el sótano. Para animarse pensó que la situación ya no era tan trágica como media hora antes.

El doctor Kent tenía que matar a tres personas en lugar de a dos. Eso no le iba a resultar tan sencillo.

Se encontró otra vez rodeada por las sombras de la planta baja.

No se veía a nadie.

La casa entera estaba tan silenciosa como una tumba.

Miriam llamó con voz queda:

—¡Amiga! ¡Eh, amiga!...

No sabía ni el nombre de la sirvienta, pero imaginó que la otra la oiría. Sin embargo nadie acudió a su llamada, a pesar de que la repitió varias veces.

Miriam volvió a sentir frío en la columna vertebral.

Vio la puerta que conducía a los sótanos, una puerta que estaba entreabierta y que se movía a impulsos de la brisa. Eso significaba que había algo abierto abajo. Con el corazón en un puño descendió por aquellas escaleras poco a poco. Y entonces vio el resplandor.

Era un resplandor incierto.

Como esos que se ven en los sueños.

Los ojos alucinados de Miriam vieron entonces de dónde procedía. Era la inmensa caldera que alimentaba la calefacción de la casa.

Resultaba grande como una locomotora.

O quizá como un horno crematorio.

La idea penetró como una punzada en el cerebro de Miriam, haciéndola estremecerse: un horno crematorio...

Había motivos para que aquella idea llegase hasta ella, para que aquella idea la aterrorizase.

Todo estaba lleno de sangre.

Las paredes, el suelo. Todo...

Había un hacha en el suelo de cemento.

Un hacha teñida de rojo y en cuyo filo aún había restos humanos.

Miriam se llevó las manos a la boca.

Poco a poco.

No tenía ni fuerzas para eso.

El grito alucinante, terrorífico, mortal, escapó de su garganta.

Porque había visto una pierna cortada en el suelo. Una pierna que. —Detalle macabro—, aún estaba ceñida en parte por una media negra. Y porque había visto la otra pierna... ¡sobresaliendo por la boca de la caldera encendida!

Las rodillas de Miriam vacilaron. Se doblaron poco a poco.

Ya no podía más.

Sus ojos desencajados creían estar viendo un sueña Pero todo era espantosamente, terriblemente cierto.

¡La sirvienta había sido asesinada!

¡Descuartizada!

¡Aquello no era obra de un asesino vulgar, sino de un verdadero monstruo! ¡De un sádico!

Todo daba vueltas en tornos a los ojos de Miriam.

No podía ni moverse.

Y de pronto lo vio. De pronto vio al hombre de la cicatriz, de los ojos saltones y de la boca rígida.

No era el doctor Kent ni se parecía en nada a él, por lo que resultaba fácil deducir que se trataba de uno de los asesinos

alquilados por el médico. Pero en la mirada; de aquellos ojos había una llamarada de auténtica locura.

A Miriam no le cupo duda de que era él quien había, descuartizado a la pobre muchacha antes de encender el horno y meter sus restos en él.

Se trataba de un sádico, de un loco. Era como una pesadilla en la que no podía creer. ¡Y ahora aquel loco venía a por ella!

Los dientes de Miriam produjeron un chirrido.

Sus pupilas se desencajaron.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, saltó hacia atrás y cerró la puerta del sótano. Pero tuvo la sensación de que ésta no resistiría demasiado tiempo los golpes del asesino.

Oyó al otro lado de la hoja de madera su respiración de bestia al acecho.

Y hasta una especie de carcajada demoníaca.

Era como el susurro de la muerte llegando hasta ella, filtrándose a través de las sombras.

La muchacha fue a escapar para llamar a Mark.

¡Y entonces vio a aquel otro hombre! ¡Entonces supo que la muerte estaba ya encima de ella!

CAPÍTULO IX

COMO LA MANO DEL DIABLO

El otro individuo que venía a su encuentro llevaba un cuchillo de larga hoja, una auténtica arma para desollar reses. Sus ojos eran pequeños y oscuros. No parecía un maníaco, como el otro, sino un asesino frío e inflexible que quería realizar bien su trabajo.

Una montaña de pensamientos acudió entonces a la mente angustiada de Miriam.

Se dio cuenta de que los asesinos estaban ya dentro de la casa cuando ella cerró. O quizá habían entrado por el sótano tras morir la sirvienta. El caso era que ella no había conseguido nada.

Estaba dentro de su propia tumba.

¡Encerrada con sus verdugos!

Curiosamente no pensó en ella ni en el peligro que corría, sino en el pobre Johnny. Quizá lo habían matado ya. Y sus ojos desencajados vieron entonces el cuchillo que venía hacia su garganta.

No tenía fuerzas ni para moverse.

En cierto modo no le importaba morir.

Pero actuó por instinto. Fueron sus músculos los que se movieron sin que ella hiciera nada para mandarlos. De pronto dio un salto de costado y la hoja de acero pasó rozando su piel.

Los dientes del asesino produjeron un chirrido.

Pero de todos modos la muchacha estaba perdida. Sabía que no llegaría lejos.

Bruscamente vio el largo pasillo lleno de armaduras medievales auténticas, unas armaduras por las que un anticuario hubiese pagado una fortuna.

Y vio también su cuerpo reflejado en un espejo. Un curioso

pensamiento pasó por su cerebro:

«Vaya facha para morir».

En efecto, no llevaba falda y parecía una auténtica cortesana cara y tentadora, la más bonita cortesana que jamás había puesto los pies en Losey Manor. Imaginó lo que pensaría la policía cuando encontrara su cuerpo así, si no lo habían descuartizado antes.

Sus pensamientos se difuminaron entonces, al ver que el asesino atacaba de nuevo. Otra vez por instinto se movieron sus piernas y saltó como una gacela como había hecho cuando la atacó el doctor Kent.

El largo pasillo lleno de armaduras parecía bailar ante sus ojos.

No sabía ni dónde estaba.

Oía la respiración afanosa del asesino tras ella.

No podía ni gemir.

Se puso a rezar débilmente.

El pasillo se cortaba bruscamente en ángulo recto, y a su extremo, en el ángulo mismo, había una armadura con una lanza. Miriam tuvo la sensación de que iba a tropezar con ella.

Por un momento pasó por su cerebro el loco pensamiento de que tal vez podría hacerse con la lanza, pero le bastó una breve ojeada para darse cuenta de que estaba soldada a la armadura. Pasó junto a ella como una exhalación, doblando el ángulo del pasillo. Y entonces oyó la respiración del asesino que ya soplaba materialmente en su nuca.

Miriam lanzó un grito.

¡Iba a morir!...

¡CHASK!

Tuvo la sensación de que aquel chasquido había sonado en su propio cráneo. Se volvió aterrada.

Y entonces vio algo alucinante.

Algo que le pareció increíble.

¡La armadura qué estaba en el mismo lado del pasillo acababa de bajar la lanza!

Bruscamente el asesino, que venía lanzado, se había encontrado ante ella. Se había encontrado ante la misma muerte.

Era como si la lanza le aguardase.

Él mismo se fue a ensartar sin poder evitarlo. Venía tan lanzado que no frenó. Era imposible.

Su alarido inhumano llenó la casa.

El impulso que llevaba era enorme. Fue hacia la lanza con todo el peso de su cuerpo. El arma le atravesó de parte a parte.

Miriam se detuvo.

Sentía en su espalda algo así como el soplo del Más Allá.

Como si hubiera visto moverse la mano del diablo.

Y sin embargo todo había sido una casualidad, la casualidad más afortunada que pudo soñar en todos los días de su vida. La armadura había bajado el brazo, quizá por una simple vibración, cuando ella acababa de pasar e iba a pasar el asesino. Y como el brazo sostenía la lanza, la punta de ésta se había cruzado en el pasillo, al encuentro del que llegaba.

La muchacha se llevó poco a poco las manos a la cara.

No sentía ni el contacto de sus propios dedos.

Estaba tan aterrada que cayó. Su cuerpo se derrumbó sobre una de las butacas.

Se había salvado milagrosamente.

Pero todo daba vueltas en torno suyo de tal manera que comprendió que no podía seguir allí. Necesitaba encontrar a Mark. Necesitaba que él hallase un arma de fuego para poder defenderse los dos.

Vacilando, se puso en pie y fue poco a poco por el pasillo. Notó que la puerta del sótano seguía cerrada, sin que se oyera tras ella ningún ruido.

Eso no significaba que el otro asesino, el descuartizador, se hubiese largado.

Por el contrario, podía significar que preparaba una trampa. Quizá caería sobre su espalda cuando ella no se diera cuenta.

Llegó al fin a la habitación donde estaba Mark.

Y entonces sus piernas se negaron a sostenerla.

Cayó de rodillas mientras lloraba angustiosamente. Mark temblaba de fiebre, pero intentó ponerse en pie. Un momento después se había derrumbado de nuevo.

—Mark...

—¿Qué ha pasado, Miriam? ¿Qué infiernos está sucediendo aquí?

—Es... es horrible...

—¿Pero qué pasa? ¡Habla!

Ella trató de hacerlo. Sólo al cabo de unos instantes de llorar angustiosamente se calmó y pudo articular algunas palabras.

Con voz entrecortada, narró lo sucedido.

No omitió detalles.

Todo aquel relato alucinante pasó por sus labios como una pesadilla.

Mark la escuchaba con las facciones desencajadas. Por primera vez parecía haber perdido su pasmosa calma.

Incluso en algún momento dio la sensación de no creerla.

Pero al fin hundió la cabeza, mientras por sus ojos pasaba una expresión de inquietud que ya no quería disimular. Las manos cayeron sin fuerza sobre las rodillas.

—¿Dices que el tipo del sótano tenía los ojos saltones y la boca rígida, como si no pudiera moverla bien? —musitó.

—Sí...

—Nunca hubiera podido imaginar eso.

—¿Lo conoces?

—No lo he visto nunca a no ser en fotografía, pero el detalle de la boca es característico. Tiene que ser Walder.

—¿Y quién es Walder?

—Si leyeras con atención los periódicos lo habrías oído nombrar. Claro que en tu oficina estabais suscritos al *Times*, y el *Times* dedica poca atención a los sucesos.

—Tal vez lo recuerde. ¿Quién es?

—Un asesino loco. Descuartizó a tres mujeres en el barrio de Chelsea.

—¿Y... y por qué no lo mataron a él?

—Ya sabes que aquí está suprimida de momento la pena de muerte, lo cual hace que hayan aumentado los asesinatos. Pero en el caso de Walder, la misma monstruosidad de sus crímenes hizo pensar al jurado que estaba loco. Y seguramente lo está. El caso fue que los siquiatras lo internaron de por vida en un sanatorio mental, donde no permaneció ni tres meses. Los sanatorios mentales están muy mal vigilados. Walder huyó y desde entonces lo busca toda la policía de Inglaterra.

—Pues ahora está aquí...

—Eso me temo. Por lo que acabas de contarme, tiene que ser él. Pero ese hijo de perra de Kent ha hecho mal en contratar a un tipo

así para que le ayude.

—¿Por qué?

—Kent necesita obrar con cierto método. No puede ir matando a la gente a cañonazos. No puede hacer que sus víctimas sean descuartizadas y metidas en las calderas de la calefacción. Tiene que preparar unas coartadas más o menos lógicas, y ese loco de Walder se lo está estropeando todo. Además no es eso solo.

—¿No?...

—Walder acabará matando a los otros miembros de la banda. Por lo que sé de él es un asesino nato, un verdadero maníaco. Todos los planes de Kent fracasarán por su culpa.

La muchacha tragó saliva penosamente.

—Me temo que eso nos sirva de bien poco, Mark —susurró.

—¿Por qué?

—Nosotros ya estaremos muertos.

Él trató de sonreír para animarla, pero sus facciones tenían ya un, incierto color gris.

—No te desanimes. Aún no nos han apiolado, muchacha.

—Pero lo harán.

—Por lo pronto te has salvado milagrosamente. Por lo que me cuentas, nadie podía esperar el movimiento de aquella armadura.

—Yo misma no me lo explico, Mark.

—Tuvo que ser una vibración. Los dos corríais como locos por el pasillo, ¿no es cierto?

—Sí, así fue.

—Esas armaduras se sostienen en un equilibrio muy difícil. En fin, tuviste mucha suerte. Si el brazo con la lanza llega a caer cinco segundos antes...

—No quiero ni pensarlo, Mark. Tenías que haber visto cómo ha quedado aquel hombre.

Él apretó los labios.

Estaba haciendo un esfuerzo terrible para erguirse, para luchar, pero le faltaban las fuerzas físicas.

Ella lo notó. Una sensación angustiosa se fue apoderando poco a poco de sus nervios.

—Mark, ¿tienes un arma de fuego? La única posibilidad de defensa que tenemos es una buena rociada de balas.

Él movió la cabeza con un gesto de impotencia.

—No, no tengo ninguna.

—Uno de esos asesinos de ahí fuera empleó un revólver chato, uno de esos que llaman *bulldog*...

—Sí, pero lo he dejado junto al muerto. ¿Quién diablos pensaba que las cosas rodarían así? He preferido no tocar nada para cuando llegase la policía.

Ella entornó los párpados con un gesto de miedo.

—¿De modo que... el revólver está ahí fuera?

—Sí, por desgracia sí.

—Tengo que salir a buscarlo, Mark. Es nuestra única posibilidad de defensa.

—Tú no saldrás. Lo haré yo.

Miriam negó con un enérgico movimiento de cabezas.

—No se puede pedir que los milagros se repitan —musitó—. Has matado a dos hombres sin más ayuda que tus manos, pero ahora no puedes dar dos pasos seguidos. ¿Qué quieres hacer? ¿Ponerte tú mismo delante de los asesinos para que acaben contigo?

—No estoy tan mal como crees.

—Es inútil que tratemos de animarnos nosotros solitos, Mark. Si queremos tener alguna posibilidad de vivir, hemos de aceptar las realidades.

—Está bien. Saldremos los dos.

—Mark, insisto en que...

—Saldremos los dos —dijo él firmemente.

La muchacha prefirió no insistir. Se puso en pie y ayudó al joven a que hiciera lo mismo. Los dos avanzaron entonces hacia la puerta principal de Losey Manor.

El silencio era impresionante.

Hubiera podido oírse hasta el roce de un insecto sobre los tallos de césped.

Miriam sabía que tal vez Kent y sus asesinos esperaban al otro lado de aquella puerta.

Podía ser una trampa de la que ya no tendrían escapatoria. Pero si querían apoderarse del revólver necesitaban probar.

—¿Vamos?

—Adelante.

Ella abrió de repente la puerta.

Y entonces el revólver les apuntó bruscamente a los ojos.

Entonces se dieron cuenta de que no habían logrado más que enfrentarse cara a cara con la muerte.

CAPÍTULO X

AGUAS SILENCIOSAS

Miriam lanzó un grito.

La aparición de aquel hombre con el revólver fue tan alucinante para ella que no supo reaccionar. Lo único que hizo fue pegarse a Mark como si en él hubiera de encontrar una defensa contra la muerte.

Pero era inútil.

Estaban perdidos los dos.

El hombre que estaba ante ellos, un individuo moreno y con aspecto sirio o libanés, cerró el dedo sobre el gatillo.

Todo había terminado para los dos...

Bueno, eso parecía.

La misma Miriam no llegó a comprender hasta casi un minuto más tarde qué era lo que había pasado. De momento todo le pareció como un extraño sueño. Vio que Mark no podía mover las piernas, pero en cambio podía mover los puños.

¡Y de qué modo!

¡Qué precisión en su golpe! ¡Qué implacable potencia!

El hombre moreno disparó, pero cuando ya su revólver apuntaba al aire. Todo su cuerpo, en realidad, se había arqueado al recibir el terrible impacto.

La reacción de Mark había sido instantánea. Tan fulminante que no dejó tiempo al otro ni para mover un dedo.

Fue un trallazo de auténtico K. O.

El pistolero giró sobre sus tacones. Dio una extraña voltereta y rodó por las losas que había ante la entrada principal de Losey Manor.

Miriam lanzó un gemido.

Vio que Mark caía también.

Un boxeador, para pegar bien, necesita apoyarse en las piernas, y eso era lo que había hecho Mark: cargar perfectamente el peso en sus extremidades para apoyar el golpe. Pero la herida le falló y eso hizo que rodara también por el suelo.

Intentó sujetar el revólver.

No pudo.

Miriam susurró:

—Mark...

Vio entonces venir a aquel otro hombre. Era un individuo alto, delgado, que empuñaba un hacha como la que había servido para descuartizar a la joven sirvienta.

Sin embargo no era Walder.

Tenía que ser otro tipo como él... ¡y miraba exclusivamente a Miriam!

¡Iba a por ella!

Quizá en otro momento Miriam hubiese tenido más serenidad, pero ahora recordó solamente una cosa: a la pobre mujer descuartizada. Se imaginó a sí misma poco después, cuando sus restos estuvieran repartidos a la entrada de Losey Manor.

Fue eso lo que la hizo saltar presa del pánico.

Estaba completamente aterrorizada.

No era dueña ni de sus pensamientos ni de sus actos.

Con un aullido echó a correr, sin acordarse ya de Mark. Y lo curioso fue que con ello le salvó la vida.

Para el individuo del hacha hubiera sido relativamente fácil acabar con Mark, que estaba en el suelo y con muy pocas posibilidades de defenderse. Pero sólo vio a la chica. Le pareció una presa tan tentadora que corrió hacia ella como una exhalación.

El propio miedo de Miriam le enardecía.

Para el sicario, aquello era como una cacería apasionada y excitante. Una cacería cuya presa sería la piel más bonita que sus dedos habían rozado jamás.

Miriam corría alocadamente.

Se dio cuenta entonces de que sus tacones eran demasiado altos.

Resbalaba.

Era milagrosa la velocidad que estaba sacando a sus piernas, pero aquello no podía seguir. Cuando dobló la primera esquina de

Losey Manor estaba ya a punto de perder el equilibrio.

Le pareció que entonces se multiplicaba la luz de las estrellas.

Todas se reflejaron en el suelo de pronto.

Tardó en comprenderlo, a pesar de lo fácil que era. No se dio cuenta en el primer instante de que estaba ante la gran piscina de Losey Manor, pegada a uno de los lados de la casa.

La piscina estaba llena.

La luz de las estrellas se reflejaba en las aguas negras, silenciosas y quietas.

Todo aquello producía una sensación alucinante, una auténtica sensación de pesadilla, pero Miriam no lo pensó. A veces, cuando nos persiguen de cerca, creemos encontrar en el agua una posibilidad de salvación. Nos parece que nadando nos alejaremos del peligro.

Miriam se movió instintivamente.

Saltó sin pensarlo.

Su cuerpo ágil y tenso penetró en las oscuras aguas como una flecha.

Cuando volvió a aparecer unos instantes más tarde, se dio cuenta de que su perseguidor no se había lanzado tras ella. De momento, pues, estaba libre, rodeada por el agua.

Pero con ello no había logrado más que prolongar su agonía. El hombre del hacha estaba al borde de la piscina y la miraba fijamente. La tenía acorralada.

De sus labios brotó una risita silenciosa.

Miriam sabía que no iba a poder salir. Pero al menos en el agua se mantendría a salvo... mientras el otro no se lanzase también. O mientras no empleara un arma de fuego.

Pero aquel tipo no parecía disponer de ninguna pistola.

De sus labios volvió a escapar aquella risita burlona y silenciosa.

Aquello debía resultar inmensamente divertido para él.

Soltó el hacha y buscó un arma que le permitiese alcanzar a Miriam. No tardó en encontrarla.

Al borde mismo de la piscina había un salvavidas y un bichero, es decir un palo con un garfio que permite sujetar un cuerpo que esté en el agua, a fin de sacarlo de ella.

Lo proyectó hacia Miriam.

Ésta lanzó un gemido.

Tuvo el tiempo justo para nadar un poco y evitar que el garfio la sujetara.

El otro volvió a reír.

Por lo visto aquel juego le resultaba emocionante.

Se ladeó un poco y tiró del garfio nuevamente.

Ahora su movimiento estuvo lleno de precisión.

Resultó implacable.

La muchacha fue a hundirse en el agua, pero notó que la habían enganchado por una punta de la blusa. Tuvo un estertor.

El hombre tiró de ella.

Ya la tenía atrapada. La había «pescado» para matarla.

Ahora no necesitaba más que atraerla al borde de la piscina para partírla la cabeza a hachazos.

Miriam tuvo un espasmo y tragó agua dos veces.

No tuvo más remedio que imaginar la terrible escena.

¡Imaginó sus propios pedazos flotando en el agua!

Luchó con todas sus fuerzas, pero el hombre tiraba implacablemente de ella. La tenía casi en el borde. Entonces Miriam comprendió, quizá con un retraso fatal, que podía librarse desprendiéndose de la blusa. Con dos secos movimientos se la arrancó febrilmente.

Los sostenes saltaron también.

Ahora Miriam era una auténtica sirena, una excitante diosa que se movía en el agua.

Una visión como para enardecer a cualquiera.

El hombre tiró del garfio.

No había conseguido más que unos pedazos de tela, pero el espectáculo resultaba tan fascinante para él que se olvidó de su fracaso. Durante unos momentos no tuvo ojos más que para admirar la maravillosa escultura que se movía en el agua.

De pronto lanzó el garfio de nuevo.

Y falló.

¡Miriam se había hundido como una sirena auténtica, llegando hasta el fondo de la piscina!

Cuando reapareció, estaba al lado opuesto, muy lejos del alcance de su enemigo. Éste ahogó una maldición.

El juego podía durar demasiado tiempo.

No le convenía.

Hizo un nuevo intento con el garfio, y al comprender que no lograría nada sujetó el hacha de nuevo. En sus labios se dibujaba una mueca de decisión.

Saltó al agua.

Su cuerpo se hundió también como una flecha, apareciendo muy cerca del de Miriam.

Ésta nadó frenéticamente, pero se dio cuenta de que estaba más perdida que nunca.

Su enemigo era un gran nadador. Llevando el hacha entre los dientes, se movía como un pez.

Iba a atraparla.

Jamás Miriam había nadado tan aprisa. Sus pulmones estallaban, porque casi no pensaba ni en respirar a causa del nerviosismo, sus brazos pesaban como si fueran de plomo.

Chirriaron sus dientes.

¡La escalera!

¡Si llegaba hasta ella podría salir! ¡Estaría salvada!

Claro que el otro la perseguiría, pero al menos Miriam contaría con unos segundos de ventaja.

Llegó hasta las escaleras y saltó ágilmente. Estaba ya fuera del líquido.

Pero el otro casi la rozaba ya. ¡Iba a sujetarla!

La muchacha lanzó un grito.

Y aquel grito se mezcló con el de su perseguidor, que de pronto se retorció con medio cuerpo en el interior del agua.

Fue algo muy extraño.

Algo que en el primer instante le pareció increíble a Miriam, pero que al mismo tiempo resultó espantoso.

El hombre que estaba tras ella acababa de lanzar otro alarido.

Se retorció espasmódicamente. Parecía como si sus piernas hubieran sido mordidas por un tiburón y el tiburón estuviera tirando de él.

Miriam no lo comprendía.

¡Porque en la piscina no había nadie más! ¡Ni había nada!

De pronto el hombre dio un grotesco salto y se hundió en las aguas cabeza abajo. Ya no volvió a salir. Quedó flotando como un tronco inmóvil, como un muerto...

Y eso era exactamente: un hombre que acababa de palmarla.

Como si lo hubiese matado un rayo invisible...

CAPÍTULO XI

LOS BUITRES NO SUELTAN SU PRESA

Miriam miró hacia atrás, hacia el cuerpo que flotaba en las aguas quietas y silenciosas.

No entendía una sola palabra de todo aquello. Estaba tan desconcertada que no sabía qué pensar. Lo único que se le ocurrió fue que tal vez su perseguidor había sufrido un ataque al corazón, muriendo por esa causa. Al menos, por los síntomas, así lo parecía.

Mirando entonces hacia el otro lado de la piscina, la muchacha vio algo que le extrañó: un cable se hundía en el agua. La existencia de aquel cable no tenía, al parecer, ningún sentido.

Un poco más allá vio aparecer a Mark.

Mark cojeaba visiblemente, pero se tenía en pie y estaba incluso llegando al borde de la piscina.

A partir de aquel momento, Miriam sólo le vio a él. Dejó de pensar en el cable. Estuvo a punto de pisarlo cuando corría hacia Mark.

—¡Cuidado! ¡No lo toques!

El grito la detuvo en el último momento. Sus ojos se dilataron de horror al darse cuenta entonces de lo que había estado a punto de pisar. Era un cable de alta tensión que se adentraba en el agua.

Ahora comprendió Miriam el porqué de la muerte del hombre que la perseguía.

El cable transportaba, sin duda, energía eléctrica a alguna de las dependencias de la casa, probablemente a la red de luces del parque. Mark debía haber desconectado el paso de la corriente; debía entonces haber cortado el cable, introduciendo su extremo en el agua de la piscina mientras el asesino la perseguía por ella; luego había conectado otra vez el paso de la fuerza, justo cuando Miriam

salía del agua y por lo tanto ya no corría peligro. En cambio su perseguidor había recibido de lleno la descarga, multiplicada por el líquido. En fin, había sido asado vivo. La decisión de Mark, quien no podía hacer otra cosa, había salvado a Miriam en el último segundo.

Ella musitó:

—Gracias...

—¿Qué dices?

—De no ser por ti, ese hombre me hubiera liquidado, Mark. Me has salvado en el último instante.

Él fue a decir algo, pero la pierna le falló, después de sostenerse en un difícil equilibrio. Hizo un gesto de dolor y cayó de rodillas muy cerca del cable.

Miriam fue a ayudarle.

—Cuidado —dijo él—, no juegues con eso. Lo primero que hay que hacer es desconectarlo.

—¿Desde dónde?

—Desde esa caseta que hay a la izquierda. Verás la palanca enseguida.

—Muy bien, Mark.

Ella se alejó y fue al lugar indicado. Moviò la palanca y se produjo un suave «chask».

Ahora el cable de alta tensión estaba desconectado y no ofrecía ningún peligro. Miriam volvió hacia donde estaba Mark, quien ya se había puesto nuevamente en pie.

—¿Qué ha pasado con el tipo que disparó en la puerta? —murmuró la muchacha—. ¿Cómo has podido librarte de él?

—Ya sabes que había quedado K.O. —dijo Mark—. Pero cuando iba a apoderarme de su revólver, ha podido dar un salto y ha huido.

—¿Con el arma?

—Sí. Eso no hubiera podido conseguirlo ese tipo si yo llego a tener la pierna bien, pero por desgracia he de moverme como un robot. Ha sido más rápido que yo e incluso ha tenido una estupenda oportunidad para matarme, pero el tipejo estaba demasiado asustado y se ha puesto nervioso. Sólo ha pensado en huir.

—¿Dónde está ahora?

—¿Cómo puedo saberlo?

Miriam se mordió el labio inferior sin poder dominar

nuevamente una sensación de miedo.

—Vámonos de la zona iluminada, Mark.

—Tienes razón. Vamos.

Ambos sabían que estaban ofreciendo un excelente blanco y que podían disparar contra ellos desde cualquier rincón de la casa. Por eso se pegaron a uno de los muros, donde quedaban tapados por las sombras.

Miriam tembló.

—Hace demasiado tiempo que no veo a Johnny —dijo.

—¿Crees que pueden haber acabado con él?

—Eso me temo. El pequeño está indefenso y... —De pronto aquel pensamiento se le hizo insoportable—. Hemos de dar con él, Mark. Hemos de encontrarlo y esconderlo en un sitio donde no puedan encontrarlo.

—Soy de la misma opinión. Por suerte hay sitios en la casa donde les resultará muy difícil dar con él.

—Vamos...

Caminaron hacia la entrada principal de la casa siempre hundidos entre las sombras. La puerta de Losey Manor estaba abierta tal como la había dejado Mark. Pasaron por ella con la mayor rapidez, porque mientras estuvieran en la zona de luz ofrecían un magnífico blanco.

Luego Mark cerró.

La herida debía dolerle mucho, porque había momentos en que se crispaban sus facciones. Pero pudo ponerse un cigarrillo entre los labios sin que sus dedos temblaran, y musitó:

—Lo primero que quizá necesitamos saber es a cuántos enemigos nos enfrentamos ahora, Miriam.

—Yo creo que a tres.

—¿Cuáles?

—Uno, el que disparó desde esa puerta y tú dices que ha logrado huir. El segundo es Walder, y el tercero el propio doctor Kent. Por el momento no creo que haya más.

—Yo tampoco, pero tres ya son suficientes. ¿Sabes lo que estoy pensando? Cuanto más vaguemos por la casa, más peligros corremos. Deberíamos encerrarnos en una habitación que sea segura, en compañía de Johnny, y esperar la llegada del día. Los criados que se hayan quedado velando el cadáver volverán en

cuanto amanezca.

—Tienes razón, pero para eso hay que encontrar a Johnny. ¿Dónde crees que puede estar?

—Resulta difícil calcularlo. Quizá se ha asustado y se ha escondido en alguna parte.

—¿Lo llamamos?

—No, porque eso sería tanto como llamar también a nuestros enemigos. Les indicáramos dónde estamos.

Miriam se estremeció de nuevo, mientras volvía a tener aquella sensación angustiosa de estar acorralada. Tras cada una de las puertas de la casa podía acechar un enemigo. No tenían más que cometer un pequeño error, hacer por ejemplo un ruido innecesario y ya no les quedaría tiempo para contarlos.

—Será mejor que yo me quede aquí vigilando la entrada —susurró Mark—. Este vestíbulo en el que estamos ahora es algo así como el corazón de la casa. Si vas por ese pasillo que hay a la izquierda, yo te veré hasta que llegues al fondo, y eso me permitirá ayudarte en caso de apuro. Abres las puertas y miras si está Johnny. En caso de que no esté en ninguna habitación, vuelves aquí y miras en ese otro pasillo de la derecha. El caso es que yo no te pierda de vista.

—De acuerdo, Mark.

—Toma esto. Puede servirte en caso de apuro.

Había en el vestíbulo una panoplia de adorno con dos espadas cruzadas. Se trataba de dos viejas armas que ya apenas tenían filo, pero al menos infundían respeto. Como había dicho Mark, en un caso de apuro podían ser útiles.

Nunca Miriam había tenido en la mano un armatoste semejante. Trató de empuñarlo con soltura, como si estuviese acostumbrada a él, y avanzó por el pasillo.

Abrió la primera puerta. Nada.

El pequeño Johnny no estaba allí, pero al menos tampoco había ningún enemigo.

Miriam abrió la segunda puerta.

Empuñaba la vieja espada febrilmente, dispuesta a saltar. Pero la voz, viniendo desde las sombras, le hizo exhalar un suspiro de alivio.

—Estás muy rara con esa espada, Miriam.

La muchacha miró hacia allí. A pesar de su tensión nerviosa, no pudo evitar que a sus labios asomara una sonrisa al ver al pequeño Johnny sano y salvo.

—¿Pero qué haces aquí? ¿Dónde te habías metido?

Johnny la miraba con la misma expresión tranquila e impasible de siempre, como si no sintiera nada.

—He andado un poco —dijo.

La muchacha se acercó a él. Dejó la espada sobre una mesita.

—Johnny, por favor, tienes que contestarme a una cosa —dijo

—. Presta atención.

—Sí, claro.

—¿Conoces bien la casa?

—Un poco. Hay sitios donde no me dejan entrar...

—Pero a veces te habrás escondido en algún sitio...

—Sí.

—¿Cuál es la habitación dónde uno puede esconderse sin que lo encuentren? ¿Cuál es el sitio más seguro de la casa?

—La sala de los tormentos.

—¿Queeeeé?...

—La sala de los tormentos, te lo acabo de decir.

En aquella maldita casa la muchacha iba siempre de la esperanza al miedo, y ahora fue precisamente el miedo lo que la volvió a dominar por entero. De modo que una sala de los tormentos y todo... Por lo visto, allí no faltaba «detalle».

—No me digas que aquí se aplican torturas —dijo—. Eso debió ser en otra época.

—Claro.

—¿Y es una habitación dónde uno puede encerrarse? ¿Se está seguro allí?

—Claro, claro... Tú misma lo verás.

—¿Puedes acompañarme, Johnny?

—Naturalmente. He ido allí muchas veces sin que lo supiera nadie.

Miriam cabeceó. No tenía la menor experiencia en niños subnormales, pero sabía que éstos, por supuesto, tienen su propia vida. Tienen un mundo al margen de los demás y habitan en él. Sus reacciones no pueden ser sospechadas.

—Llévanos hasta allí, por favor —dijo—. Llévanos a mí y a

Mark.

El niño se dejó tomar de la mano y salieron. Era él quien guiaba. El nerviosismo de Miriam iba en aumento porque presentía que, a cada minuto que pasaba, el peligro estaba más cerca. Ahora no iba a tener la suerte de que el brazo de una armadura cayese en el último momento ni de que Mark pudiese meter un cable de alta tensión en el agua de una piscina.

Salieron al vestíbulo. Mark sonrió al ver al pequeño.

—Hola. ¿Dónde habías estado, Johnny?

—Por ahí...

El niño vio la pierna herida de Mark, pero no hizo ninguna pregunta. Parecía como si nada le impresionase.

—Tengo que llevaros a la sala de los tormentos —dijo con la mayor naturalidad.

Mark no se impresionó porque ya la conocía. Asintió con una suave cabezada.

—El pequeño tiene razón —dijo—. Se trata de una vieja sala de cuando aquí había una especie de tribunal de justicia del condado. Es la habitación más segura que existe, porque no tiene ventanas y la puerta no la tumbaría ni un tanque.

—Entonces vamos allá. Será un buen sitio para esperar a que amanezca.

Ascendieron las escaleras hasta el primer piso. Mark necesitaba apoyarse en la barandilla y andaba dificultosamente, pero consiguió seguirles. Cuando se encontraron ante una puerta de madera de roble reforzada con barras de hierro, sonrió aliviado.

—Bien... Creo que lo hemos conseguido.

La sala era enorme y estaba iluminada por unas bombillas amarillentas que le daban un aspecto espectral. Pero aun sin aquellas bombillas hubiera parecido una especie de sala del otro mundo, porque viejos instrumentos de tortura se acumulaban en ella como en una especie de museo de los horrores. Lord Losey había conservado aquello sin duda porque cada una de las piezas tenía un valor histórico. Además, así la vieja casa tenía «carácter», demostraba una antigüedad y una solera que nadie podía discutirle.

Miriam susurró:

—¿Pero qué es todo esto?

—Según como se mire, es una especie de museo —explicó Mark

—. Aquí tienes ruedas de tortura, potros, cepos... Incluso no falta ni una vieja «silla de los asesinatos».

—¿Una «silla de los asesinatos»? ¿Qué es eso?

Mark la señaló. En apariencia era una silla como las otras, con un respaldo de madera muy alto. No había ningún motivo visible para que se la conociera con tan extraño nombre.

—¿Por qué la llaman así?

—Mira.

Mark se situó detrás. Apoyó como por descuido la mano en uno de los adornos de la parte superior del respaldo.

Inmediatamente sonó un chasquido.

Del respaldo de la silla, a la altura de los riñones de un hombre, surgió una punta de acero afilada como un puñal. Se ocultó, volvió a salir y se ocultó de nuevo, de ello en menos de cuatro o cinco segundos.

No resultaba difícil imaginar lo que le pasaría al que estuviese sentado allí.

No se puede vivir con la columna vertebral destrozada o con los riñones atravesados.

La muchacha se encogió con un asentimiento de horror y de asco. Había tenido la misma sensación que si ante sus ojos acabara de brotar una serpiente.

—Un... un bonito y asqueroso juguete —balbució.

—Lo utilizaban en la Edad Media para deshacerse de algunos enemigos molestos —explicó Mark—. Como entonces los venenos ya resultaban demasiado conocidos, y además un criado probaba antes las comidas, no había modo de liquidar a según qué personajes. Entonces se les invitaba a sentarse en esta silla, quizá con motivo de una fiesta, y el criado que hacía de verdugo movía el resorte mientras fingía servir bebidas. Como ves, el trasto no tenía ninguna posibilidad de fallar.

—No sé por qué lord Losey conservó esto —dijo Miriam como escupiendo las palabras.

—Es una pieza histórica. También se conservan las alabardas y las hachas, que igualmente servían para matar.

Y Mark cerró la puerta cuidadosamente. Su mirada paseó aliviada por aquel recinto donde al fin podrían estar seguros.

No había ventanas. El silencio más impenetrable reinaba en

aquella vieja sala de la muerte.

De pronto Mark hizo crujir sus nudillos con un gesto de contrariedad.

—¿Qué pasa? —musitó Miriam.

—Hay un peligro.

—¿Cuál?

—Mira el suelo, Miriam. Es de vieja madera centenaria, terriblemente seca. Este suelo corresponde por su parte inferior al techo artesonado que hay en la habitación de abajo. Si lo incendiaran, nos asaríamos vivos en un momento y además tendrían una coartada perfecta porque nuestra muerte se podría atribuir a un accidente casual. Por descontado que trataríamos de huir por la puerta, pero nos esperarían detrás de ella.

Miriam palideció de nuevo.

Se daba cuenta de que, en efecto, quizá se habían metido ellos mismos en una trampa mortal.

—¿Y... y qué sugieres, Mark? —musitó.

—Voy a cerrar la habitación de abajo y me guardaré la llave. Así, al menos, no podrán provocar un incendio en este lado, que es el único fácil. Incendiar la casa entera les resultará casi imposible, porque todo es de piedra.

—De acuerdo, Mark, pero ¿y si caes por la escalera?

—No caeré.

—Quizá Johnny podría ayudarte...

—No. No quiero que Johnny corra ningún peligro.

El pequeño adelantó un paso. Como siempre, aquella situación no parecía inspirarle ningún miedo.

—Yo puedo ayudarte, Mark —dijo—. Enseguida volvemos.

—No, Johnny, no quiero que salgas de aquí.

—¡Pero si es un momento!...

Miriam señaló la puerta.

—Quizá tenga razón —dijo—. Es un niño, pero tiene dos buenas piernas y podrás apoyarte en él si hace falta. Además, estando a tu lado no creo que se atrevan a atacarlo.

—Está bien, está bien... —dijo Mark—. Acompáñame, Johnny, pero no te separes de mí. Y si pasa algo tú vienes aquí corriendo, ¿entendido? Piensa sólo en salvarte si pasa algo. Me entiendes bien, ¿verdad?

—Claro que sí, Mark.

El joven médico se volvió hacia Miriam.

—Cierra la puerta. Yo llamaré tres veces cuando regrese, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Mark, y... y suerte.

—Es sólo un momento, muchacha. No pasará nada. Salió con Johnny. Miriam cerró la puerta cuidadosamente y se apoyó de espaldas en ella, respirando con ansia.

El tiempo parecía haberse detenido allí, en aquel decorado de pesadilla que venía del fondo de otra época. Miriam fue contando los minutos angustiosamente mientras sentía que su corazón latía cada vez con menos fuerza.

La soledad la obsesionaba.

Había hecho mal dejando que se marcharan los dos.

Fue hacia el fondo de la sala porque le era imposible estarse quieta. Bordeó todos aquellos instrumentos de tortura y de muerte.

Y fue entonces cuando lo oyó a su espalda.

Aquella respiración ansiosa.

Aquel leve roce...

... ¡Aquel contacto viscoso de los dedos que se clavaban en su espalda!...

CAPÍTULO XII

LA MANO DEL MAS ALLÁ

Miriam sintió el frío de la muerte en sus venas. No pudo ni gemir. Todo su cuerpo sufrió una sacudida tal que salió despedida hacia adelante.

No hizo nada para defenderse porque no podía, porque era ya incapaz de reaccionar.

En aquel momento resultaba la víctima más fácil de mundo.

Pero la voz brotó inesperadamente a su espalda. Era una voz que reflejaba tanto miedo como el que tenía ella.

—No se asuste... Señorita Miriam, no se asuste, por favor.

Ella sintió un espasmo en la garganta, pero de pronto le pareció que resucitaba. ¡No tenía a su espalda un enemigo! ¡Además acababa de reconocer aquella voz!

Se volvió poco a poco.

El mayordomo que la había recibido a su llegada a Losey Manor la miraba con ojos desencajados.

No llevaba armas, naturalmente. Y se le notaba más asustado aún que la muchacha.

—¿Qué hace aquí? —musitó ella—. ¿Por qué no nos ha dicho antes que estaba en la sala? ¿Por qué se esconde?

—Verá, es que...

—¡Hable, por Dios! ¡Hable!...

—Por favor, no se ponga nerviosa. Es que no quería que me viera el señor Mark.

—¿Y por qué no?

—Es... es algo difícil de confesar. Tenía una cita aquí. Era una excelente oportunidad para vernos, aprovechando que todo el mundo vela el cadáver de lord Losey.

—No le entiendo. ¿Con quién tenía que verse?

—Usted no la conoce. Es una sirvienta joven, guapa... Ella también tenía que venir aquí. Lord Losey veía con malos ojos nuestras relaciones, pero nosotros pensamos casarnos.

Miriam sintió que se le secaba la boca.

Apenas pudo barbotar:

—¿Una sirvienta bastante joven, bastante guapa?...

—Pues... pues sí.

La visión espantosa asomó de nuevo a los ojos de Miriam.

La visión de aquel cuerpo partido a hachazos y metido en parte en la gran caldera de la calefacción.

El mayordomo notó su mortal palidez. Con voz ronca barbotó:

—¿Qué le pasa?

—¿No ha buscado usted a esa mujer? —susurró Miriam.

—No. Teníamos que encontrarlos aquí, pero de momento no ha venido.

—Me temo que ya no vendrá.

—¿Es que... es que le ha ocurrido algo?

La muchacha fue a contestar, pero en aquel momento sonaron tres golpes suaves en la puerta.

—Menos mal... Mark ya está aquí —dijo ella con voz débil—. No le importe que le vea; al contrario, ahora nos necesitamos más que nunca los unos a los otros. Me alegra mucho que esté aquí, ¿sabe?

—He oído antes disparos —musitó el mayordomo—. ¿Puede explicarme qué ocurre?

—Espere. El propio Mark se lo explicará.

Miriam fue hacia la puerta. La abrió.

Tranquila...

Confiada...

Y de pronto aquella sensación de muerte saltó de nuevo hacia su garganta. Todo su cuerpo se tensó en un espasmo brutal, mientras intentaba cerrar con ambas manos.

No pudo.

Un zapato se había metido entre la puerta y la jamba, impidiéndole encajar la hoja de madera.

Y más allá estaba el rostro sudoroso de aquel tipo. ¡El que antes había disparado contra Mark en la puerta principal de la casa!

¡Volvía a empuñar el revólver!

Sin duda había oído a través de la cerradura la contraseña que el joven dio para cuando volviese. Y quizá pudo entonces matar a Mark y al niño, pero las sombras que reinaban en aquel lado de la casa no debían haberle permitido asegurar la puntería.

Por lo tanto había cambiado de táctica.

Ahora apuntaba a la frente de Miriam.

Ésta retrocedió poco a poco.

Se sentía aterrada. No podía mover un músculo, fuera de sus temblorosas piernas.

El otro bisbiseó:

—Así está bien. Quieta...

—¿Qué... qué pretende?

—Quiero estar aquí cuando lleguen Mark y el niño, Quiero apuntarles desde dentro de la habitación. Aquí hay luz suficiente para que no escapen.

—No le conviene matar a nadie a balazos. Hasta un simple policía de tráfico descubriría las huellas del crimen —balbució Miriam.

—No importa. Ustedes dos desaparecerán. En cuanto Johnny, hay cien formas de matarlo para que parezca un accidente.

Miriam se sintió completamente perdida.

Ahora sí que no tenía escapatoria, puesto que no podía confiar en que el asustado mayordomo la salvara.

A aquel tipo ni siquiera se le veía ya.

Siguió retrocediendo. El otro había bajado el revólver tras cerrar la puerta a su espalda.

—No grite cuando llamen —bisbiseó—. No diga una sola palabra si quiere salvar la vida.

La oferta era absurda, pues un momento antes aquel tipo había dicho que Mark y ella «desaparecerían». Además, ni aun estando borracho se podía soñar con que la dejaría viva después de liquidar al joven médico y llevarse al niño.

Por eso la muchacha buscó sólo una posibilidad de defenderse, por desesperada que la situación fuese. Sus ojos febriles buscaron una salida... ¡una salida que no existía!

El esbirro trazaba una especie de círculo en torno suyo.

Volvía a apuntarla con una expresión maligna. Pero se notaba

que se estaba distraendo, y en el primer momento Miriam no comprendió por qué.

Hasta que al mirarse un momento a sí misma sí que lo comprendió. Y entonces tuvo un brutal sentimiento de vergüenza.

No llevaba más que... ¡más que las medias rotas en las piernas! ¡Y el pequeño *slip* que tapaba sus redondeces más íntimas! ¡Y le faltaban incluso los sostenes!

Sólo al clima de terror en que vivían se debía el que ella hubiera olvidado una situación semejante al salir de la piscina. Sólo a eso se debía también el que Mark hubiera pensado más en protegerla que en vestirla, no dando demasiado importancia a que la viera en tal situación un niño subnormal que acababa de cumplir seis años.

Ahora Miriam comprendió por qué el mayordomo había temblado tanto.

Y por qué la había mirado con aquellos ojos de pez. Comprendió los motivos de que el pistolero que tenía enfrente se estuviese distraendo. El propio cuerpo de Miriam era un arma secreta con la que ésta no había contado hasta entonces. ¡Pero de repente decidió aprovecharla!...

—Haré lo que me diga si me promete que no me matará —murmuró—. Sería una lástima que... ¿Verdad que sería una lástima no aprovecharme?

Los ojos del otro brillaron aún más.

—Walder no querrá matarte, muñeca —susurró—. Bueno, no querrá matarte de momento... A Walder le gustan aún más que a mí las chicas.

—Pero tú lo impedirás, ¿verdad? Tú lo impedirás...

—No lo sé. A veces tengo la sensación de que Walder, ese loco, está luchando contra nosotros. De que en realidad lo único que quiere es eliminarnos, para quedarse a solas contigo.

Miriam entrecerró los ojos mientras de repente lo veía todo con una luz distinta, una luz siniestra. ¿Y si a los dos sicarios anteriores los había liquidado el propio Walder? ¿Y si era cierto que sólo anhelaba quedarse a solas con ella en la casa?

—Tú lo impedirás... —repitió Miriam de un modo maquinal, con voz que quería ser acariciante.

El otro rió suavemente.

Tendió la mano izquierda hacia ella.

Y en ese momento Miriam tensó su cuerpo y le dio un empujón. Tenía una remota oportunidad... ¡y quería aprovecharla!

El esbirro vaciló.

Quedó sentado en la silla fatídica, en la «silla de los asesinatos».

Miriam lanzó un grito.

El otro había ahogado una salvaje maldición.

Alzó su revólver. Miriam se dio cuenta en el último segundo de que no había conseguido nada, excepto acelerar su muerte. Porque ya no tendría tiempo de mover el fatídico resorte como había soñado durante unas décimas de segundo.

El asesino barbotó:

—¡Maldita puerca!...

Fue a apretar el gatillo.

Todos sus músculos se tensaron brutalmente, pero en aquel momento...

¡CHASK!

Miriam, más aterrada y asombrada que en cualquier otro momento de su vida, vio el estremecimiento salvaje de aquel cuerpo. Se dio cuenta de que, aunque pareciese increíble... ¡la aguja fatídica le había atravesado la espalda!

Los ojos del asesino se volvieron blancos.

Su cuerpo se arqueó antes de derrumbarse hacia atrás. Y de pronto sufrió una nueva sacudida.

La aguja se había metido en el interior de la silla. Y enseguida se había disparado por segunda vez.

El revólver cayó al suelo.

El cuerpo del hombre sufrió un último espasmo. Luego se derrumbó hacia adelante, convertido ya en un fardo sin vida, mientras mostraba ante los ojos atónitos de Miriam la espalda teñida de rojo.

La muchacha se llevó poco a poco los dedos a los labios.

En aquel momento le parecía como si la sangre no circulara por su cuerpo.

Vio entonces, al mirar por encima del respaldo de la silla, la cara del mayordomo que la contemplaba con expresión de horror. Aquel hombre estaba lívido. Su mandíbula temblaba tanto que se oía a distancia el castañeteo de los dientes.

—Gracias —susurró Miriam—, de no ser por usted ahora estaría

muerta.

—Yo... Bueno... Yo...

—No se ponga nervioso, puesto que ahora el peligro ya ha pasado. ¿Cómo conocía el funcionamiento de esta silla?

—Lo conoce todo el mundo en esta casa... Pero... en fin... Verá...

Tartamudeaba tanto que sus palabras eran casi incomprensibles. Miriam le hizo un gesto para que no se esforzase.

—Ya ha hecho bastante. Por favor, esté tranquilo ahora. Comprendo que no es nada agradable matar a un hombre, pero en este caso no había otro remedio, a menos que...

En aquel momento la puerta se abrió sola.

Miriam volvió la cabeza bruscamente, con otra súbita expresión de miedo. Pero se dio cuenta de que no corría peligro porque el que volvía era simplemente Mark.

—¿Qué pasa? —musitó él—. ¿Has abierto antes la puerta y te has olvidado de cerrarla?

—Sí. Es que...

—¿Has visto a Johnny?

—¿Cómo...?

—Si has visto a Johnny —insistió Mark—. No se puede hacer nada con un chico que no recuerda lo que se le dice. Le he pedido que no se separara de mí, ¿no?, pues lo primero que ha hecho ha sido largarse. Luego ha vuelto, se ha largado otra vez... ¡Es inútil! ¡Queremos que actúe como una persona normal y nos olvidamos de que tiene a veces el cerebro de un mosquito!

Sin duda Mark estaba muy nervioso porque le sacaba de quicio haber perdido al pequeño. Y es posible que hubiera seguido despotricando de no haber clavado entonces sus ojos asombrados en el hombre que yacía en tierra con la espalda teñida de sangre.

—¿Pero... pero qué ha ocurrido? —balbució.

—Ha llamado tres veces a la puerta y le he abierto creyendo que eras tú —balbució la muchacha—. Ha estado a punto de matarme, pero este hombre me ha salvado la vida.

Señaló al mayordomo.

Éste aún seguía temblando.

—Perdone, señor Mark —balbució—. Yo... Bueno, creo que resulta muy largo de explicar...

—No hace falta que explique nada —musitó Miriam—. Basta con saber que me ha salvado la vida.

Mark dio un puñetazo al aire. Estaba muy preocupado por todo aquello, sin duda, pero lo que más le preocupaba era el paradero de Johnny, que podía echarlo todo a rodar.

Si el doctor Kent capturaba al chico, los terribles sacrificios de Miriam y suyos no habrían servido de nada.

—¿Pero dónde estará Johnny? —balbució—. ¡Es lastimoso tener que decirlo, pero no se puede tratar con deficientes mentales como él! ¡No recuerda ni lo que le han dicho un minuto antes!

Fue en aquel momento cuando apareció Johnny. Estaba tan tranquilo. Mostró a Mark una pequeña ratita blanca que llevaba en las manos.

—La había perdido hace días —dijo—. Menos mal que he vuelto a encontrarla.

Mark suspiró con desaliento.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre decir, Johnny?

—¿Y qué quiere que diga?

—Casi estás pisando un muerto. ¿No se te ocurre nada?

Los ojos del niño se clavaron en la figura caída a sus pies. Ni siquiera parpadeó. Las cosas sucedidas allí, incluso las más dramáticas, seguían sin impresionarle.

—Ah, sí —dijo.

Y tomó el revólver.

Mark lanzó un grito de alarma.

—¡Maldita sea! ¡Johnyyyyy! ¡Noooooo!...

Pero ya era tarde.

Johnny acababa de apretar el gatillo tranquilamente. La bala por poco patina sobre la incipiente calva del mayordomo, que se llevó con horror las manos a la cabeza.

Johnny dijo tranquilamente:

—Pues dispara bien.

—¡Por poco me mata! —aulló el mayordomo—. ¡En nombre de todos los infiernos! ¡Saquen a este chiquillo de aquíííí! ¡Un poco más y me afeita!

Mark le arrebató el revólver de un manotazo.

—Ya está bien, renacuajo, maldita sea.

—No te enfades, Mark...

Volvía a tener aquella expresión humilde, sincera, aquella expresión que hacía imposible que se pudiera estar enfadado con él cinco minutos seguidos.

—De acuerdo —dijo Mark—. Olvídalo.

—No he querido herir a nadie...

—Pues has estado a punto de conseguirlo. Éstas no son armas para un chico como tú.

—Perdona, Mark. ¿Qué vas a hacer?

Él se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Creo que será mejor seguir con la primitiva idea —dijo—. Encerrados aquí estaremos más seguros, sobre todo vosotros.

—¿Y ese muerto? —susurró Miriam.

—Lo dejaremos ahí —dijo Mark—. Al fin y al cabo sólo se trata de esperar hasta que amanezca.

Y cerró la puerta con llave por dentro.

Sólo con aquello ya volvieron a sentirse seguros. Ahora nadie podría entrar allí a menos que deshiciera a balazos la cerradura, en cuyo caso ellos tendrían tiempo de amontonar muebles contra la puerta. Con un par de cachivaches de los que había allí ya tenían bastante para que nadie consiguiera derribarla. La rueda de las torturas, por ejemplo, debía pesar su buena media tonelada.

Mark se dispuso a encender un cigarrillo.

Tenía la sensación de que lo peor ya había pasado.

Pero en el momento en que iba a hacer funcionar el encendedor se oyó un leve crujido... ¡y se apagaron todas las luces de la casa!

Mark lanzó una imprecación.

La llamita del encendedor iluminó su rostro que se había vuelto bruscamente hacia la puerta.

—¡Cuidado! —dijo—. ¡Han cortado la luz por el interruptor general! ¡Alguien tratará de entrar ahora!

Como si sus palabras hubieran sido una premonición, se oyeron entonces dos disparos al otro lado de la puerta.

Iban dirigidos contra la vieja cerradura, con la intención de hacerla saltar. Pero la cerradura resistió de momento.

Mark barbotó:

—¡Pronto! ¡Hay que apoyar algo contra la puerta! ¡Tenemos que impedir que entren!

Y él mismo empujó la gigantesca rueda que cuatrocientos años

antes servía para descoyuntar los huesos de las víctimas. Pero no podía empujar más que con una pierna y le resultaba casi imposible moverla.

Miriam gimió:

—¡Un momento! ¡Voy a ayudarte! ¡La empujaremos entre los dos!

Sin embargo, las fuerzas de la muchacha eran demasiado débiles para constituir una ayuda eficaz. Además estaban ya enteramente a oscuras y no veían la puerta, hacia la cual tenían que empujar el enorme armatoste. El hecho de que no hubiera ventanas hacía que la enorme sala fuera como una tumba.

Sonaron otros dos disparos en el exterior.

¡Y la cerradura saltó esta vez!

¡Una risita silenciosa se oyó más allá de las tinieblas, mientras alguien empujaba la puerta!

CAPÍTULO XIII

UNA OSCURA SENSACIÓN DE MUERTE

Apenas se había abierto aquella puerta cuando Miriam, que era la que estaba más cerca, vio los haces de luz de las dos linternas. Comprendió inmediatamente que eran Kent y Walder los que habían entrado, dispuestos a acabar con ellos.

No les importaría matarlos a tiros, puesto que luego pensaban hacer desaparecer sus cadáveres. Sólo para asesinar al pequeño Johnny tenían que tomar algunas precauciones, a fin de que pareciera un accidente.

Los haces de luz se desparraron por la habitación, alumbrando aquella especie de museo de los horrores.

Uno de los haces llegó hasta el techo.

Miriam vio confusamente las dos bolas de hierro que estaban a cierta altura, y que unas cuerdas mantenían inmovilizadas cerca del techo. Comprendió que aquellas bolas, colgadas de unas cadenas, debían moverse en otro tiempo como un péndulo. Según la fuerza que a ese péndulo se diese; la bola se abatiría con más o menos crueldad contra el cuerpo de la víctima. De esta forma podía darle una muerte lenta, destrozándolo poco a poco.

Miriam no supo por qué había pensado aquello.

Quizá porque también ella iba a morir.

Pero los haces de luz se movían impacientes, buscándoles de un lado a otro. Mark se lanzó contra uno de ellos e inmediatamente fue abatido de un culatazo. Un instante después sonaban dos disparos.

Miriam se llevó las manos a la boca.

Estaba literalmente aterrorizada.

Estaba destrozada al comprender que Mark, su única defensa, acababa de morir.

Fue aquel grito angustioso lo que permitió a uno de sus enemigos localizarla. El disco de luz paseó por encima del potro y de la rueda y terminó posándose sobre el cuerpo de Miriam.

Su cuerpo sin apenas ropa.

Aquel cuerpo tentador que la hacía parecer la *vedette de una revista cuando los focos la iluminan sobre el escenario*.

Sólo que aquí nadie iba a aplaudirla, nadie iba a admirarla. Aquí a Miriam la buscaban solamente para matarla.

La muchacha quedó con los dedos agarrotados a la altura de sus labios.

No podía ni moverse.

Era incapaz de pensar, incapaz de sentir. Lo único que la dominaba era la sensación de su propia muerte.

El disco de luz la iluminaba por completo.

Un revólver se elevó poco a poco hasta apuntarle de lleno al centro de la cabeza.

La muchacha estaba deslumbrada y no sabía si era el doctor Kent o era el sádico Walder el que la estaba apuntando. Sólo sabía que Mark había muerto y ella iba a morir también. ¡Y a los dos les seguiría el pequeño Johnny!

Una oscura desesperación se apoderó de ella.

Cerró los ojos no porque tuviera miedo, sino porque la linterna la deslumbraba. Esperó el disparo que había de atravesarle la cabeza.

Y en ese instante se oyó como un silbido.

Fue una cosa extraña, inexplicable. Igual que si algo muy pesado rasgara el aire al moverse.

Se oyó al instante un golpe brutal que se mezclaba a un alarido de dolor salvaje.

Miriam abrió los ojos, sin comprender nada, y se dio cuenta entonces de que ya no la iluminaba la linterna. Por el contrario, ésta yacía en el suelo y arrancaba a las paredes más próximas un reflejo espectral.

La muchacha vio confusamente una silueta que se movía ante ella. Un instante después aquella silueta se había desplomado para quedar en el suelo hecha un guiñapo.

Miriam vio algo más: vio una de las enormes bolas de hierro que oscilaba como un péndulo, colgada de su cadena.

Por inexplicable que pareciera... ¡alguien había deshecho el nudo de la cuerda que la mantenía inmóvil junto al techo!

La bola había dado de lleno en la espalda del asesino, partiéndole seguramente la columna vertebral. Su muerte era segura, aunque, de momento aún gimiese roncamente en el suelo.

Miriam estaba paralizada por el asombro.

No entendía nada.

¿Quién podía haber hecho aquello? ¿Quién, si Mark ya estaba muerto?

En aquel instante una mano se posó en su cuerpo, rozándole las caderas.

—¿Estás bien, Miriam?

Ella se llevó otra vez las manos a la boca, dominada por la alegría y el asombro. Apenas pudo balbucir:

—Mark...

—Dime, ¿estás bien?

—Yo sí, pero... ¿y tú? ¿No te han alcanzado las balas?

—Lo que me ha alcanzado ha sido el culatazo, pero ese tipo no ha podido acribillarme como quería. Ha caído tras un mueble y las balas me han rozado solamente. ¿Quién es ése?

Señalaba el bulto confuso que estaba caído a los pies de Miriam, y que ya no se movía.

—Éste es... es... ¡Pero no me hagas hablar de eso! ¡Lo único que quiero decirte es que te debo la vida, Mark! ¡Tú me has salvado!

Él no contestó. Se había inclinado sobre el caído con la escasa rapidez que le permitía su pierna herida.

Tomó la linterna y le proyectó el disco de luz sobre la cara.

Balbució:

—¡Dios santo...!

Acababa de reconocerlo. Era el doctor Kent. Tenía los labios apretados en una última mueca de dolor y sus ojos vidriosos no miraban a ninguna parte.

Cosa extraña, después de los gritos y los disparos, ahora les rodeaba a ambos el más absoluto silencio. El otro atacante, el sádico Walder, debía haber huido al darse cuenta de que Kent acababa de morir, pero sin duda esperaba otra oportunidad para atacar. No se habían librado del peligro, aquel peligro viscoso que seguía acechando entre las sombras.

Una súbita sospecha asaltó la mente de Mark.

—¡Johnny! ¿Estás ahí, Johnny?

Una voz tímida surgió entre las tinieblas:

—Sí, Mark, estoy bien.

—Creí que Walder te había llevado con él... ¿De veras no te pasa nada, Johnny?

—Sí, Mark, de veras...

Y apareció detrás de un mueble. La luz de la linterna apenas desvelaba su silueta. Mark vio también que alguien más aparecía detrás del potro.

Se trataba del mayordomo, que estaba pálido como un muerto.

—He visto que alguien huía —dijo—. Eso significa que aún pueden volvemos a atacar... Pero...

De pronto había visto el cadáver. Gimió:

—¡Imposible! ¡Es el doctor Kent! ¿Pero qué diablos ocurre aquí?

—No le parezca tan imposible —dijo Mark suavemente—. El doctor Kent es el primer interesado en que Johnny muera para hacer suya la fortuna de los Losey. Mejor dicho, «era» el primer interesado. Ahora sólo queda ese loco de Walder.

—Quizá ha huido al ver morir a Kent —susurró la muchacha—. Tengo la esperanza de que ya estaremos tranquilos de una vez...

—Pues pierde esas esperanzas. Walder atacará de nuevo por una sola razón.

—¿Qué razón?

—Tú.

Miriam se estremeció. Por un momento el disco de luz había iluminado sus formas deliciosamente descubiertas, sus piernas y su escote tan generosamente exhibido. Luego el disco de luz se retiró, pero ella ya había visto otra vez lo bastante de su propio cuerpo, ya se había dado cuenta de que su casi absoluta desnudez podía atraer como un imán a un sádico. Y Walder, a juzgar por lo que había hecho, era un sádico al que el sufrimiento de las mujeres enardecía de placer.

Mark le dio su americana.

—Toma, cúbrete al menos con esto.

No era gran cosa, porque las hermosas piernas de la chica seguían exhibiéndose con una generosidad fascinante, pero al menos la americana rompía un poco la armonía de aquel cuerpo,

haciéndolo menos tentador. Pensando en eso Miriam miró hacia el vacío hacia la débil claridad que llegaba desde más allá de la puerta.

—¿Qué hacemos ahora? —musitó—. No podemos encerrarnos en esta habitación. La cerradura ya no sirve.

—No lo sé —confesó Mark—. No sé qué podemos hacer. Ahora no tenemos más que un solo enemigo. —Pero lo malo es que no sabemos dónde está ni por dónde puede atacarnos.

Se oía el castañetear de los dientes del mayordomo, que no podía soportar aquella situación. Con voz velada consiguió decir, al cabo de unos minutos de dramático silencio:

—Creo que lo primero es... es llegar hasta el contador de la luz. Hay que abrir otra vez la palanca de paso.

—¿Dónde está ese contador?

—En el sótano...

Miriam recordó enseguida que allí estaba la muchacha descuartizada. Se estremeció brutalmente.

—No... no seré yo la que vaya allí —dijo—. No soy capaz.

—Lo haré yo —dijo Mark—. Comprendo que, estando a oscuras, ese loco puede atacarnos más fácilmente.

—Mark, tú estás herido...

—Sí, y la verdad es que esto me duele más a cada momento. —Gruñó él—, pero no sé qué otra cosa puedo hacer. Con un poco de suerte llegaré hasta el sótano y daré la luz. Vosotros me esperáis aquí.

—Mark, y sí... ¿y si te ocurre algo?

—Si ese loco me ataca no le será tan fácil acabar conmigo. En ese caso oiréis el ruido y podréis tomar alguna decisión.

Miriam sintió que sus manos temblaban. Toda su vieja historia, aquella historia sentimental que les había unido a los dos, pareció renacer en un solo momento. La pasión que había marcado sus vidas rebrotó ahora, cuando ya era tarde para todo, tarde para todo menos para morir...

—Mark... —bisbiseó—, siento lo que hice un día... Siento que nuestros destinos no puedan estar unidos por mi culpa, por un falso orgullo que una vez tuve.

Le pareció que él la sonreía desde la oscuridad. Le pareció que su sonrisa era tierna, cálida: aquella sonrisa que en otro tiempo la

había llenado de felicidad y que luego ella misma perdió para siempre.

—Todo saldrá bien —dijo él animosamente—. No pienses en nuestro pasado sino en nuestro futuro. Verás como todo se resolverá...

Y se deslizó hacia la puerta. Arrastraba la pierna tan pesadamente que Miriam se dio cuenta de la cruda verdad: no podría resistir un ataque de Walder si éste elegía bien el momento. A Miriam le pareció que el joven iba hacia la muerte inevitable y que aceptaba su destino con tal de salvarles a ellos. Una brusca angustia le atenazó la garganta y sintió unos terribles deseos de gritar.

Notó entonces que sus manos tocaban al pequeño Johnny. Lo atrajo con fuerza hacia sí y lo apretó contra su pecho como si pensara que de ese modo lo salvaba de todo peligro.

Una súbita ternura se apoderó de Miriam. Aquella ternura que nunca le habían dejado manifestar y que cuando se separó de Mark pareció romperse para siempre.

Aquel niño dependía sólo de ella. Aquella pobre inteligencia, que no era muy superior a la de un animalito, estaba a su cuidado. Si ella fallaba, el pequeño Johnny moriría.

Johnny, que era como una pobre bestezuela indefensa.

—No te separes de mí —suplicó—. Yo te defenderé. No tengas ningún miedo mientras estés a mi lado...

Trataba de inspirarle confianza, pero ella misma no estaba segura de nada. Lo que quería era que el pobre Johnny no sufriera. Que se olvidara de la proximidad de la muerte...

Mark había desaparecido.

El silencio volvía a envolverles.

Era un silencio atroz, cargado de presagios, un silencio que hacía aún más densa aquella oscuridad en la que cada uno de ellos creía ver dibujado su propio cadáver.

Y entonces oyeron aquel grito.

Fue aquel grito lacerante, inhumano, que atravesaba las sombras como un cuchillo.

Fue como el rugido de una fiera que ataca.

Y entonces Miriam comprendió la horrible verdad. Se dio cuenta, sólo oyendo aquello, de que Walder se había lanzado a por

una nueva víctima y de que Mark no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir...

CAPÍTULO XIV

SORPRENDENTE REVELACIÓN

Aquella tensión insoportable duró sólo unos segundos, pero Miriam tuvo la sensación de que había pasado un siglo desde que oyó aquel grito lacerante. Ahora escuchaba tan sólo un sonido silbante que era el de su propia respiración, una respiración entrecortada y que la estaba ahogando.

Por fin tomó una decisión desesperada.

Tenía que salvar como fuera al pequeño Johnny. Tenía que evitar que aquella fiera sanguinaria acabase con él.

En buena lógica, Miriam hubiera tenido que pensar sólo en huir y en salvarse ella, pero era incapaz de abandonar al niño a su suerte. De modo que resolvió permanecer allí hasta que Johnny se salvara, aun reconociendo que no tenían apenas ninguna posibilidad.

Avanzó a tientas entre las tinieblas.

Todo aquello le parecía un baile fantasmal, le parecía una cosa que no estaba sucediendo realmente.

—¡Johnny! —llamó—. ¡Johnny!

Nadie le contestó.

Miriam sintió que le pesaban las manos, los hombros.

Sintió que no podía abrir la boca.

Ahora el silencio más absoluto imperaba en la casa, señal de que Mark había muerto. Y eso atemorizaba a Miriam, pero la aterrorizaba también el hecho de que Johnny hubiera desaparecido.

Volvió a llamarle.

Y entonces se dio cuenta de que estaba cometiendo un terrible error. De que al gritar atraía hacia sí la atención del sádico Walder.

Pegada a la pared, avanzó entre las sombras.

—Johnny...

Su voz era apenas un susurro.

Nadie le contestó.

Sus pies vacilaron al encontrar unas escaleras. No sabía dónde estaba, porque no conocía bien la casa, pero descendió por ellas pausadamente, siempre pegada a la pared. De pronto le pareció oír ante ella el suave

«tac-tac»

de una puerta.

Parecía un sonido de ultratumba.

Pero se dio cuenta de que la sencilla realidad era ésta: alguien acababa de pasar por aquella puerta, dejándola mal cerrada. El viento de la noche producía aquel quedo golpeteo.

La muchacha sintió frío en la garganta.

El que acababa de pasar por allí no podía haber sido más que Walder.

Pero aun así siguió adelante. Si Walder se había llevado al pequeño Johnny, ella tenía que encontrarlos a los dos. Tenía que conseguirlo aun cuando fuera la última cosa que hiciese en su vida.

Sus pies tropezaron con una suave superficie de gravilla, mezclada a piedras puestas de canto. Comprendió que estaba en uno de los patios más antiguos de la casa, pertenecientes a la parte vieja de la edificación.

Avanzó un paso más, sobrecogida por su propio miedo.

Notaba que los pies hacían crujir la gravilla.

Eso significaba que Walder podía saber dónde estaba ella. Que podía localizarla igual que si la viese.

Pero la muchacha ya no podía retroceder porque retrocediendo hubiera hecho el mismo ruido. Avanzó poco a poco sin saber adónde, penetrando más y más en aquel mundo de tinieblas.

Y de pronto el mundo de tinieblas se rompió.

De pronto aquella luz cegadora, desbordante, la iluminó por completo.

Miriam se llevó las manos a la boca, transida de horror, mientras veía avanzar la muerte hacia ella.

Las luces la desbordaban, la envolvían, la ahogaban.

Parecía como si quisieran atravesarla.

Y la muchacha cayó de rodillas mientras gemía de

desesperación, porque sabía que allí estaba su propia muerte.

Su propia muerte...

Pero ¿por qué no sentía nada? ¿Por qué la oscuridad se había hecho de pronto en torno a ella? ¿Por qué otra vez aquel silencio, aquella calma, aquella sensación de que volvía a estar en un pozo de tinieblas?

Por fin Miriam se atrevió a mirar de lleno hacia delante.

No lo entendía.

Era como si acabara de despertar de un condenado sueño.

Pero lo cierto era que no le había ocurrido nada y que ella continuaba de rodillas, quieta entre el silencio. Miró atónita ante sí y entonces distinguió las formas confusas del enorme coche negro.

Sólo entonces lo comprendió. Lo que la había deslumbrado habían sido los faros del coche proyectándose sobre ella desde muy corta distancia. Y aquella sensación de que la muerte avanzaba la había tenido sin duda cuando los faros se acercaron, señal evidente de que el coche venía hacia ella para arrollarla.

Pero había frenado antes de hacerle ningún daño.

¿Por qué?

Miriam se puso en pie poco a poco mientras pensaba, transida de miedo, que la explicación sólo podía ser una: Walder se estaba divirtiendo con ella antes de matarla. Le estaba haciendo vivir una anticipada agonía antes de acabar con ella.

La muchacha avanzó entre las tinieblas.

Muy bien. Pese a esta convicción, ella lucharía. No iba a ser tan fácil matarla. Si Walder estaba dentro del coche, iba a tener pelea antes de acabar con ella.

Tiró de la portezuela hacia atrás. Abrió el coche.

La luz interior se encendió automáticamente al abrirse la portezuela. La muchacha clavó en aquel interior sus ojos acerados, sabiendo que vería a Walder.

Y de pronto su boca se abrió con una mueca de infinito estupor, de invencible asombro.

De pronto Miriam, con un soplo de voz, balbució:

—Johnny...

—Cierra la puerta —dijo tranquilamente él—. Hala, date prisa. No conviene que nos vean desde fuera.

Ella, no supo por qué, se sintió impulsada a obedecer. El asombro le impedía casi moverse, pero al mismo tiempo la orden de Johnny había sido tan concreta que ella se plegó al mandato del niño como si ese niño hubiera sido un general.

Cerró y se sentó a su lado. Inmediatamente se hicieron en torno a los dos el silencio y la oscuridad más absolutos, puesto que el motor del coche también estaba parado.

—Lo siento —susurró Johnny—. Menos mal que he frenado a tiempo. Creí que eras Walder.

—¿Qué... qué pensabas hacer?

—Muy sencillo: aplastarlo contra la pared. Teniéndolo deslumbrado, habría sido fácil.

Miriam sintió como un cosquilleo en la garganta.

Tuvo la sensación de que acababa de entrar en el mundo de lo desconocido.

En el mundo de los fantasmas.

—Johnny... —musitó—, pero es que tú... ¿sabes manejar un coche?

—Claro. Lo he visto hacer muchas veces.

—Yo creí que... que no te fijabas.

—¿Y por qué no iba a fijarme?

—Es que en otras cosas no... no pones atención. Además, los pies no te llegan a los pedales estando sentado...

—Ya lo sé —siguió diciendo tranquilamente él—. Tengo que bajarme del asiento y no veo lo que hay delante, pero eso no importa. Total, para estrellar el coche contra la pared... Además, ¿quién te ha dicho que no me fijo en las cosas?

—Pues... pues... —Miriam no sabía ya qué pensar. Por eso tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para añadir—: Por ejemplo, hace poco ibas a comerte un caramelo con papel y todo.

—Era un experimento. Quería saber si era verdad lo que dicen que esos papeles no son digeribles.

—Johnny, es que... ¡Bueno, no sé explicarlo! ¡Pero es que incluso he visto hace poco que no recordabas los movimientos de las piezas del ajedrez un minuto después de explicártelo!

—¿Y quién dice que no lo recordaba? Podría dar jaque mate a muchas personas en diez jugadas, pero ¿qué necesidad tiene uno de hacer siempre lo mismo? ¿Por qué va uno a repetir constantemente

lo que otros ya han hecho? Al mover las piezas de otro modo, estaba estudiando unas variantes en el juego.

—¿Y por qué no explicabas que... que hacías eso?

—¿Qué necesidad tengo de explicarlo? ¿Y por qué la gente se ha de empeñar en que uno haga constantemente las mismas cosas? ¡Qué tontería! Una vez me fijé en el experimento que hacían con unos animales en un laboratorio. Les enseñaban a hacer unos movimientos, y cuando lo aprendían y sabían repetirlo, los científicos decían: «Este animal es inteligente». ¡Qué tontería! Lo que demostraba aquel animal era su estupidez, ya que sólo sabía hacer lo que le habían enseñado. En cambio, cuando uno de aquellos animalillos pensaba por su cuenta, se negaba a obedecer y no seguía los movimientos enseñados, decían: «Su índice de inteligencia es nulo». Uf... ¡Bonita mentira! Ya sé que de mi han pensado que era un débil mental, pero eso no me importa. Yo siempre he querido hacer lo que me parecía bien y lo que podía enseñarme cosas nuevas, no lo que me indicaban los otros.

Miriam estaba más asombrada, más indecisa cada vez. Se daba cuenta de que con Johnny todo el mundo había cometido un terrible error. Le consideraban un deficiente mental por el hecho de que no seguía las indicaciones de sus mayores. Pero el hecho de que no las siguiese no indicaba que no las comprendiera. Todo lo contrario. Aquello significaba que Johnny... ¡iba *más allá*!

¿Pero no existía un certificado médico diciendo que su índice de inteligencia era bajo? ¿No le habían examinado y...?

De pronto Miriam se estremeció de nuevo.

¿Quién le había examinado? ¿Quién había dicho, en resumidas cuentas, que Johnny era un débil mental?

¡Lo había dicho el doctor Kent!

¡El hombre que tenía más interés en mentir!

¡El que quería que Johnny fuera recluido para entrar él en posesión de sus bienes!

¡Y el que indirectamente había causado el suicidio de lord Losey con su último informe!

Miriam se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre en él.

¡Dios santo!

¡Eso era lo más terrible de todo! ¡Lord Losey se había quitado la vida desesperado, pensando que su hijo era un subnormal, cuando

en realidad era uno de los niños más inteligentes del mundo! ¡Cuándo tenía en su casa a un auténtico prodigio...!

Eso indicaba que uno no debe desesperar nunca. E indicaba especialmente que nunca se debe cometer el pecado y la estupidez de quitarse la vida.

Pero aún quedaban lagunas en los pensamientos de la muchacha. Aún preguntó con un soplo de voz:

—Pero tú estabas tocando antes un enchufe y recibías descargas eléctricas... ¿Por qué?

—Quería observar de una manera directa los efectos de una corriente de pequeño voltaje. Así, cuando lancé aquel cable al agua de la piscina tras salir tú, supe ya muy bien lo que me hacía.

Miriam sintió como si se ahogara.

Sus rodillas temblaron, su boca se crispó.

Con las escasas fuerzas que el asombro le había dejado pudo barbotar:

—¿Pero entonces has sido tú el que... el que...?

—No me quedaba más remedio si quería salvarte a ti y salvar a Mark —dijo el pequeño—. Mark hubiera podido acabar con Kent y sus sicarios, pero está herido y necesitaba esta vez que alguien le ayudase. Te juro que no me ha gustado lo que he hecho, pero ¿qué remedio me quedaba, después de estar rodeado de asesinos? Conozco tan bien la casa que no me fue difícil colocarme tras aquella armadura y bajar el brazo con la lanza en el momento preciso. Tampoco resultó tan complicado poner en contacto el cable eléctrico con el agua. Ni cortar las cuerdas que sujetaban aquellas bolas. Ni... ¡Pero, cuidado! ¡Allí está Walder! ¡Hay que ir a por él!

No dejó a Miriam tiempo para reflexionar. El pequeño demostró tener tantos reflejos como inteligencia. Dio contacto al tiempo que encendía los faros y deslumbraba al asesino, el cual se estaba deslizando junto a la pared. Inmediatamente puso primera, dio gas... ¡y arrancó!

Miriam ahogó un chillido.

¡Iba a aplastar a Walder contra la pared!

¡El coche avanzaba con una fuerza irresistible!

Pero Walder demostró ser más hábil y tener más reflejos que los que antes habían muerto. Saltó instantáneamente, escapando del foco cegador de luz, y rodó junto a la pared. El coche se estrelló en

un impacto brutal, pero sin alcanzarle. Miriam lanzó un gemido al ser proyectada contra el parabrisas, mientras que el pequeño brincaba un poco en el interior pero sin sufrir el menor daño. El muy astuto, sabiendo lo que iba a hacer, se había puesto el cinturón de seguridad.

La portezuela se abrió de pronto.

Miriam miró hacia allí con los ojos desencajados.

La mirada satánica de Walder...

Sus manos...

... ¡Aquellos dedos que empuñaban un revólver!

La muchacha hundió la cabeza con infinita pesadumbre. Supo en aquel momento, con angustiosa desesperación, que todo había sido inútil. Inútiles sus esfuerzos, los esfuerzos de Johnny... Los de Mark... Todo inútil porque Walder se saldría El fin con la suya. Al fin acabaría liquidándolos a todos...

Walder barbotó:

—Malditos...

Fue a apretar el gatillo. Sus ojos desencajados eran como dos chispas de odio. Sus manos temblaban ya con el deseo salvaje de matar.

Miriam había bajado los párpados.

¿Qué hacía? ¿Estaba rezando por ella? ¿Por el propio Johnny tal vez?

De pronto todo el coche pareció sufrir una sacudida. La bala atravesó el parabrisas, pero sin tocarla a ella. Miriam abrió los ojos para darse cuenta de que alguien había sujetado en el último instante la mano armada de Walder, propinándole al propio tiempo un salvaje golpe en la nuca y estrellando la cabeza contra la carrocería del coche. El asesino lanzó un rugido.

La muchacha susurró:

—Mark...

No tenía fuerzas ni para moverse. Le faltaban energías para todo lo que no fuera contemplar con los ojos muy abiertos aquella pelea salvaje.

Mark había vuelto a golpear la cabeza de Walder contra el coche. Ahora sangraban los dos, porque Mark también estaba gravemente herido. Walder intentó volverse mientras giraba el revólver.

No pudo conseguirlo. Al contrario: así ofreció a los dedos de acero de Mark la parte anterior de su cuello.

Y Mark apretó.

Su mano era un auténtico garfio.

Walder disparó dos veces más, pero al aire, porque no tenía fuerzas para apuntar. Sus rodillas vacilaron. Sus ojos se nublaron, se hicieron vidriosos, se volvieron grandes, enormes...

Por fin temblaron sus rodillas.

Lanzó un estertor y se desplomó. El revólver resbaló de entre sus dedos.

Mark siguió apretando.

Sabía que era el fin.

Sólo de sus fuerzas dependía no ya su propia vida, sino también las de la muchacha y el niño.

La cabeza de Walder cayó repentinamente de costado, en un movimiento patético.

El asesino había lanzado su último suspiro. Las vértebras cervicales estaban rotas. La cabeza colgaba como un pingajo.

Mark se derrumbó también.

Después de las dos peleas sostenidas con Walder. —Ésta y la anterior, cuando Miriam, al oír el grito, creyó que Mark había muerto—, estaba al borde del agotamiento total. Cayó junto al coche pero fue sostenido por los brazos tensos de Miriam.

Unos brazos que ya no le abandonarían nunca. Y él lo sabía.

Como lo sabía ella también.

Y hasta el pequeño Johnny, que en la penumbra del coche estaba calculando incluso la fecha probable de la boda. Y si tardarían mucho en tener hijos. Y si le invitarían a la ceremonia o no.

¡Y eso que decían que era tonto!

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCIÓN»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

